

**Exclusivas
Balart y Simó**

Aragón, 249 - Tel. 72592 - Barcelona

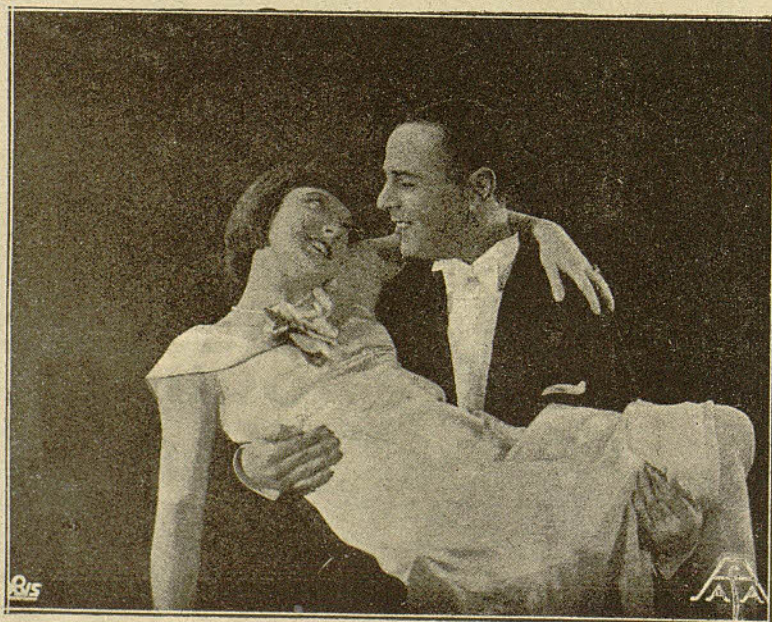
ha presentado con un éxito
grandioso en el

**CINE
URQUINAONA**

su preciosa opereta sonora



El estudiante mendigo



Interpretada por la bellísima
Jarmila Novotna

(diva de la Staatopera de Berlín)

y el simpático galán

Hans Heinz Bollman

Música deliciosa, duos
y arias de agradable
melodía, del inspirado
compositor

Weissmann

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal
Director musical: Maestro G. Faura

17 DE DICIEMBRE DE 1931

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Teruel, 2, 1.º izquierda

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

MAPA CINEMATOGRAFICO

CREACIÓN DEL CINEMA HISPANO

Nos hallamos ante un momento interesante y trascendental: el de la creación del cinema hispano.

Sería un error suponer que el cine español es una realidad artística e industrial. Admitirlo equivale a aceptar que las cintas realizadas hasta ahora en nuestro país, tienen alma y carne de España. Y reconocer como vibración racial y como vivo reflejo de nuestro ambiente esos films implica colocarse en un plano cinematográfico muy inferior al de cualquier otro pueblo.

Pero el momento actual está preñado de esperanzas, abre un claro y ancho horizonte, una perspectiva luminosa al cinema español.

Va perfilándose con recios trazos la realidad cinematográfica española. En el mapa en que figuran los centros productores de películas, distante de los grandes círculos que señalan Hollywood, Neubabelsberg, París, Moscou, Londres, se inicia otro círculo sobre el que pronto se escribirá este nombre español: Valencia.

Es en la bella ciudad levantina, de limpio cielo, de ambiente perfumado de naranjos, es en la tierra que llenó de colores radiantes la paleta de Sorolla y que dió vibración y sensualidad a la prosa de Blasco Ibáñez, donde se alzarán, muy pronto, el primer estudio cinematográfico de España.

El impulso vital viene de fuera, pero conducido y orientado por un español y recogido con alborozo y con generosidad por otros españoles que lo apoyan financieramente.

Producía desaliento presenciar cómo nuestro idioma era llevado a la pantalla por quienes no pueden henchirlo de noble emoción, de emoción limpiamente hispana. Nos ha resultado muy difícil reconocer el propio idioma, en muchas palabras defectuosamente pronunciadas por la mayoría de los intérpretes de esas bandas en español que desde el nacimiento del cinema hablado, nos han estado enviando los estudios extranjeros.

¡Y qué vulgaridad en los diálogos, qué pobreza de imágenes, qué falta de vigor en las frases más dramáticas y de gracia en las que requerían, por la acción, un matiz cómico!

Vocablos fofos, frases apagadas, en un idioma tan rotundo, recio y sonoro como el idioma en que Cervantes escribió su libro inmortal.

Pero la culpa no es de los demás, sino nuestra. Es una vergüenza que poseyendo la materia prima, tengamos que importar—cuando

debiéramos ser exportadores—películas de lengua y ambiente propios.

Esto, sin embargo, toca a su fin.

No es que se le vaya a negar a nadie el derecho de hacer películas habladas en nuestra lengua, sino que a la producción en español se opondrá la producción genuinamente española.

En el yunque de una iniciativa se va forjando una realidad candente, al rojo vivo. El forjador es un hombre de voluntad férrea, de mente vigorosa, que ha perseguido durante largos años, desde Alemania, este momento.

Quiero dar el nombre de ese trabajador infatigable para que quede grabado, para siempre, en la historia del cinema español: Armand Guerra.

Es Armand Guerra el promotor de esta industria nacional que se llama «Hispano Cineson». Colaboran con él otros hombres de valía, conocedores de la técnica como Ernst Augspach y de las finanzas, como Johannes W. Ther. Hay otros elementos, ocultos aún en el anonimato, pero que saldrán a la luz de la publicidad en tiempo oportuno.

El plan es vastísimo. Abarca cuanto es

anejo a la industria del film. La «Hispano Cineson» trabajará con material propio y moderno. No necesitará sonorizar sus cintas en los talleres extranjeros, lo que supone sacar dinero de España para beneficiar a otros países, aumentar considerablemente el coste de la producción y retrasar su realización.

El estudio de la «Hispano Cineson» estará perfectamente acondicionado y equipado para la producción sonora. De su montaje cuidarán varios ingenieros y técnicos alemanes, conocedores del detalle que requiere un taller de esta clase.

La dirección artística y literaria de la empresa cuidará de que las cintas que salgan del estudio tengan un carácter netamente español, de españolismo integral, sin que cohiba y achique la amplitud universal que es cualidad primordial del cine. Esto es muy importante.

Aquí se viene entendiendo por español no meramente pintoresco y anecdótico, lo superficial, y muchas veces falso. La consecuencia de ese criterio es que se recurra al torero, al bandido, o al chulo de sainete, para dar la nota de españolismo.

Y no es eso la españolidad, sino todo lo contrario. Es como si se simbolizara el espíritu de Francia en el apache o el de China en ese vendedor ambulante que nos asalta con su pregón de «Collares a *pelela*».

No, lo racial de cualquier pueblo, hay que buscarlo en lo hondo de su espíritu, no en la superficie; en la gesta y no en el gesto.

Parte de nuestro teatro contemporáneo adolece de ese mismo defecto. Se cree, que la Andalucía auténtica es esa serie de cromos que exhiben los Alvarez Quintero por los escenarios. Y Andalucía, es un pueblo triste y dramático, que hasta cuando canta evoca el hospital, el presidio y la muerte. El canto hondo está cuajado de imágenes sombrías, que nada tienen que ver con la pandereleta y los cascabeles quinterianos.

Las películas españolas no se han universalizado no sólo por su falta de calidad técnica y artística, sino más bien por su carencia de españolismo. Cuando se les dé españolidad serán universales, como lo son las alemanas, las rusas, las yanquis y las francesas.

Estilo español es lo que falta a nuestra producción actual. Crearlo no es cosa fácil. Y a eso va la «Hispano Cineson», a crear el estilo del film nacional.

MATEO SANTOS

Nuestra Portada

En la portada del presente número publicamos una escena de "Mamá", en la que figuran la ilustre actriz Catalina Bárcena, que hoy debe encontrarse en nuestra ciudad, y el notable actor Rafael Rivelles.

"Mamá" es una producción Fox, que hoy se estrena en una función benéfica.

En la contraportada figura Marion Marsh, actriz prestigiosa de la Warner Bros, protagonista de "Svengali", que presentará cinematográfica Almira.

—No pagaba al casero porque mis convicciones me lo impedían y porque los espíritus me lo habían prohibido.

Correo femenino

DE TODO UN POCO

¿Es más saludable fumar que comer bombones?

En Norteamérica una marca de cigarrillos va a gastarse este año doce millones y medio de dólares para anunciar su mercancía, dedicando la campaña especialmente a las mujeres, a quienes tratan de convencer de que es más saludable fumar tabaco que comer dulces. «En vez de comer bombones, fúmesse usted un cigarrillo», dice el texto de uno y otro anuncio... Y todos los avisos giran en torno a esta idea de que el tabaco no hace daño, mientras el azúcar es nocivo.

Desde luego, los fabricantes de cigarrillos tratan de reconquistar la clientela femenina que en estos años pasados les proporcionó excelentes rendimientos, y que en la actualidad, obedeciendo a nuevos mandatos de la moda, se les va de entre las manos. Ello es justo y legítimo; más, ¿qué dirán los fabricantes de bombones en propia defensa?

VAPORAL
LAVA EL CABELLO EN SECO
sin DESONDULAR

Quando le van a colocar el anillo nupcial, su novio le cercena la cabeza.

En los precisos momentos en que un rico campesino llamado Janewsyi iba a colocar el anillo nupcial en el dedo de su novia, una joven, de diez y ocho años, ante el altar de la iglesia del pueblo de Ptaszgow, a poca distancia de la ciudad, un ex amante de la novia a quien ésta había burlado, y el cual se introdujo en el templo disfrazado, la decapitó de un hachazo formidable.

El asesino estaba a punto de cortar también la cabeza al novio, cuando el sacerdote que oficiaba, con gran presencia de ánimo, intervino en la escena y colocándose entre los dos pudo arrancar el hacha de las manos del matador.

Los concurrentes, horrorizados, trataron de linchar al asesino, quien pidió misericordia, alegando que su ex novia le había engañado.

Un joyero alemán es defrentísimo con los ladrones

Recientemente unos ladrones desvalijaron una de las joyerías más afamadas de Berlín.

Su propietario, en un rasgo de humorismo, dirigió, por mediación de la prensa hamburguesa, a los rateros la siguiente carta abierta: «Felicito a los señores ladrones por el buen éxito de su asalto a mi casa.

No deseo otra cosa mejor sino comprarles las alhajas que me han quitado.

La suma que les ofreceré será, ciertamente, más elevada que la obtenida por ellos al intentar vender los objetos robados.

Pueden fijarme a este propósito un sitio neutral y me comprometo, por mi honor, a no entregarlos a la policía.»

Para que no esperen hasta su muerte

En Londres, el director de una Compañía de gramófonos, mister Luis Sterling, ha regalado a un millar de empleados de la casa, que llevan más de cinco años al servicio de ella, la cantidad de 100.000 libras esterlinas. Los agraciados han recibido el día en que el donante

cumplía cincuenta años los cheques correspondientes.

Mr. Sterling ha declarado que en su testamento figuraba este legado; pero que pensándolo bien había creído mejor hacer el regalo y no obligar a los empleados a esperar a su muerte para recibir el dinero. Los agraciados residen en ocho países distintos.

No paga al casero porque se lo mandan los espíritus

Los periódicos de Milán dan cuenta del siguiente extraño suceso:

Un mendigo, de setenta y cinco años de edad, que vivía veintiún años y medio en una buhardilla, fué demandado por su casero a causa de que no pagaba el alquiler hacía diez y ocho meses.

El mendigo en cuestión iba siempre medio desnudo, y cuando no le daba limosna un transeúnte gruñía y profería amenazas. Decía que era espiritista y que hablaba con los espíritus durante la noche, y efectivamente, los vecinos le oían con frecuencia, a altas horas de la madrugada, dar fuertes voces.

El magistrado encargado de expulsarlo de la buhardilla encontró la puerta cerrada, y, como no la abría el mendigo, dispuso que fuera echada abajo. Entonces el mendigo quiso agredirle y hubo que llevarlo detenido a la Comisaría.

El magistrado ordenó hacer un inventario de los muebles que había en la buhardilla, y fué grande su sorpresa cuando al abrir el cajón de una mesa encontró diversos objetos de un valor considerable. Entre ellos figuraba un certificado de una obligación de una importante Sociedad alemana por valor de doscientas mil liras.

También había en el cajón dos brazaletes de oro, un reloj de oro y otro brazalete de plata, un alfiler de oro con zafiros y perlas, un par de pendientes de mucho valor, una gran cantidad de monedas de plata y, además, dos saquitos con monedas de un céntimo y de dos céntimos.

Interrogado el mendigo acerca de las causas por las que no pagaba el alquiler teniendo tanto dinero, respondió:

Corsés

Fajas

Sostenes

Últimas novedades

*

C. Masgrau

Vda. Dalman

Venta de toda clase de artículos para corsés

*

Rbla. de Catalunya, 10 : Barcelona

La primera peluca

Felipe el Bueno, duque de Borgoña, perdió, a consecuencia de una penosa enfermedad, todo el pelo, y ese contratiempo fué tanto más desagradable para él cuanto que acababa de desposarse con la hermosa princesa Isabel de Portugal. Para disimular su calvicie se cubrió la cabeza con una pequeña gorrita negra; pero estaba muy feo y la linda princesa no dejaba de notar la fealdad.

Un prelado que gozaba de gran crédito en la corte, queriendo conservar el favor del duque, ofreció un premio de importancia al que descubriese un medio de disimular la calvicie.

Al cabo de algún tiempo un extranjero solicitó que el prelado lo recibiese. Le presentó una especie de gorro, cubierto de larga y espesa cabellera rubia, tan natural, como si hubiese crecido en cabeza humana.

A la vista de aquella obra maestra, el prelado lanzó un grito de alegría.

—¿Tu nombre?—dijo al extranjero.

—Pedro Lorchant, monseñor; barbero domiciliado en Dijon.

En la noche de aquel día memorable, Felipe V dió a los habitantes de Bruselas un baile, en el que se presentó cubierta la cabeza con la hermosa peluca rubia.

Lo que no dice la historia es si la princesa Isabel quiso entonces más a su esposo:

GEROGLÍFICO. — Remitido por J. Sabaté

do ble

(La solución en el número próximo)

Fórmulas de cocina

Potaje a la catalana

En una cacerola se cuecen una libra de garbanzos; cuando están cocidos, se les agrega unos trozos de coliflor o bien unas hojas de col blanca, cortada a pedacitos y una fritada compuesta de ajos tiernos, cebolletas y tomates, todo ello sazonado de sal, pimentón y pimienta negra. En seguida se echa un puñado de arroz y otro de fideos no muy delgados y se deja cocer hasta que esté al punto.

Chantillis

Se pone sobre una base de bizcocho cualquier pasta de dulce o confitura o mejor cabellos de ángel; se cubre todo con espuma de pastel, dándole la forma que se quiera y adornándolo con la misma espuma y se espolvorea con azúcar rosa.

Sardinas fritas

Después de limpiarles se les quita la espina, y ya abiertas, se las sala, rebozándolas en huevo y harina, y se frien en aceite bien caliente.

Salmón en parrilla con salsa blanca

Límpiese bien un pedazo de salmón, se adoba en aceite, perejil, cebolla y hojas de laurel. Se pone sobre las parrillas; mientras se está asando se riega con el mismo adobo y se le da vueltas, cuidando no se queme; cuando está bien asado, se despoja, se pone en la fuente y se riega con la salsa de manteca de vaca, y sobre el salmón se pone un adorno de alcázaras antes de servirlo.

Solomillo asado

Se golpea bien el solomillo y se remoja en aceite con sal y pimienta; y cuando esté bien penetrado, se asa sobre las parrillas, lo mismo que el rosbif, y luego se coloca en la fuente, echándole encima una salsa, que haréis aparte y que se compone de perejil desmenuzado y frito en manteca, a la que añadiréis media cucharada de harina, sal y pimienta y removiéndolo mucho le pondréis poco a poco un vaso de agua, dejándola espesar a fuego lento y poniéndole unas gotitas de vinagre la serviréis del modo dicho.

Una opinión muy pintoresca

(Artículo escrito exclusivamente para esta revista)

El pueblo norteamericano tiene una opinión muy pobre de nosotros, mejor dicho, apenas si tiene una opinión: no nos conoce. A pesar del frecuente trato que el comercio les hace mantener con España y la América de origen español y de los repetidos viajes de turistas y agentes comerciales, diplomáticos y financieros a nuestros países, la inmensa mayoría de los norteamericanos desconoce en absoluto nuestra significación.

Es un prejuicio hecho forma, una idea materializada, un despropósito mantenido como realidad... «Los españoles mueven mucho las manos para hablar», afirman; y en cuanto ven a una persona que al hablar mueve las manos como aspas de molino, nadie les saca de la cabeza su procedencia española. «Los españoles hablan siempre en voz alta», dicen; y se olvidan lamentablemente de que cuando hay un grupo de «sobrinos del Tío Sam» conversando, forman una algarabía de dos mil demonios... Pero, ¿qué más? ¿No llaman «influencia española» a la «grippe», sin que ésta enfermedad sea originaria de ningún país español ni ninguno de ellos el que más la sufre?

En un baile de gala celebrado en uno de los mejores hoteles de Nueva York una señora preguntó al cronista: «¿Cómo se siente usted con ese traje, señor?» Y, como su pregunta no fuese bien comprendida, aclaró: «¿No echa usted de menos su chaquetilla de torero?»...

En distintas ciudades de los Estados Unidos fui sorprendido por el desprecio o la ignorancia que envuelven preguntas como las siguientes: «¿Comen siempre los toreros con los Reyes de España?»... «¿Hay en Madrid un teatro de ópera?»... «¿Se puede salir a la calle después de las diez de la noche en los países españoles?»... «¿Son muy feroces los gauchos argentinos?»... «¿Tiene mucha influencia política en Cuba el partido de los ñáñigos?»... «¿Se puede viajar por Méjico, sin peligro de ser asesinado?»...

No hace muchos días una señora de la ciudad de Los Angeles tuvo con el que escribe el siguiente diálogo:

—¿Ha visto usted la última película que está haciendo furor en Broadway?

—No, señora.

—Véala que es muy interesante. De costumbres españolas... ¡Oh, yo adoro todo lo español!

—Podríamos verla juntos, si usted quiere.

—Con mucho gusto. Pero, dígame, ¿es usted casado?

—Que lo sea o no, ¿puede influir en el hecho de que la acompañe?

—¡Naturalmente!

—No veo la naturalidad...

—Si lo es, no le permitiré de ningún modo que me acompañe.

—¿Por qué... si no hemos de hablar de amor?

—No sea bromista. En serio; no quiero disgustos... ¡Si su señora supiese que me acompañaba usted, se pondría furiosa!

—No tema nada; una señora española no es tan irrazonable como parece usted pensar.

—¡No, no! ¡De ningún modo!... ¡Me dan miedo las mujeres españolas cuando se sienten celosas! ¡Me asusta pensar en su navaja!

—Eh!... Pero, ¿habla usted en serio?...

—Completamente en serio.

—¿También usted cree que las mujeres españolas llevan la navaja en la liga?

—Yo no sé dónde la llevan, pero sí creo que la llevan en alguna parte... ¿Acaso no es verdad?

—¿Qué ha de serlo! ¿Para qué habrían de llevarla?

—Para defender su amor.

—La mujer española no necesita armas para defender su amor... porque tiene su mejor defensa en la sinceridad y pureza de sus sentimientos. Es celosa, como lo es el hombre, porque los celos son la mortificación del que quiere con toda el alma y sufre porque estima en mucho a la persona amada y piensa

que todos han de rendirle adoración... Si mi novia, o mi mujer, o mi amante, no sintiera una sola vez el espionaje de los celos me humillaría casi tanto como si me diese motivos fundados para tenerlos yo... Pero, cuando los celos se comprueban, cuando se ve que había causa para ellos, nuestra mujer sufre y llora, que no hay en la tierra un ser tan dulce, tan tierno y delicado como esa criatura a la que ustedes se imaginan llena de rencor y de odio vengativo.

—Debe ser así.

—¿Por qué debe ser así?

—Porque es esclava.

—¿De veras?...

—¡Y tan de veras!... La tienen ustedes dominada...

—Sí, ¿eh?... Pues sepa que no hay en el mundo entero mujer más libre que la que ustedes suponen sojuzgada. Es libre, no libertina. Cose, reza, consuela, enaltece, se herosea y ama. ¡Y cómo ama!... También lee y se instruye. ¡Muchas veces comparte con el esposo, el padre o el hermano, el peso de un hogar!... No boxea ni tira a las armas; no sale de casa en compañía de un hombre extraño, al empezar la mañana para volver después de terminada la noche; no se emborracha ni anda a la caza de un hombre rico, al que nunca llegará a querer, para después disfrutar de la vida con el dinero que un juez

le asigne como consecuencia de un divorcio... Pero es libre de hacer su voluntad, que nadie le coarta. Y, porque tiene libertad, la libertad de poder hacer siempre su santísima voluntad, se empeña en seguir siendo mujer, muy mujer, cada día más, dejando al hombre lo que sólo debe ser del hombre, y conservando orgullosa, como un trofeo, lo que siempre debió ser de la mujer... sin sentirse por ello ni avergonzada ni humillada.

—¿Quiere usted decir con todo eso que nosotros somos en todo al contrario de las mujeres españolas?

—No quiero decir sino que las mujeres españolas son así... y que usted puede ir conmigo a donde le dé la gana, en la seguridad de que mi mujer sería la última en juzgarlos mal, si acaso lo supiera... Es decir si no tiene usted miedo a su marido...

—¿A mi marido?... ¿Por quién me toma usted?... ¿Cree usted que nunca me dejaría dominar por algún hombre?

—¿Y teme usted que tenga interés en dominarme alguna mujer?...

Fuimos a un cinematógrafo en el que vimos una película absurda, de «ambiente mejicano», en la que las mujeres se pasan el día con la mano en una enorme peineta, ¡hasta para comer!, y en la que los hombres, muy morenos, muestran unas patillas formidables que hacen parecer más feroces y más sombrías sus caras traidoras...

Y aquí y allá, por todas partes, se oía comentar: «¿Qué tipos tan originales!... ¿Qué modo tan raro de hacerse el amor!... ¿Qué países tan pintorescos los españoles!...»

EUGENIO DE ZÁRRAGA

REMEMBRANZAS

¡HA MUERTO LYA DE PUTTI!

CRÓNICA triste la de hoy.

Una nueva artista acaba de rendirse entre los brazos de la Pálida, sucumbiendo víctima, acaso, de aquella aplastante neurastenia que sacrificó las vidas de Olive Thomas, Eva May, Claude France, Wallace Reid, Ernest Van Duren, Max Linder y toda la pléyade de personalidades artísticas que renunciaron a sus existencias oleadas de juventud y de éxito.

En esta ocasión, la desgracia o más bien el azar trágico del suicidio, ha dejado rastro profundo en la vida artística de la hermosa «flapper» Lya de Putti. El suicidio, como así lo aseguran los últimos despachos telegráficos que vienen a contradecir los primeros ecos fúnebres de la desgracia, ha acelerado a Lya camino de la necrópolis, adelantándose al interrogante del mañana.

El suicidio es la solución heroica en las crisis patológicas y morales de muchos artistas

mina en esos trepidantes dramas reales que los artistas desarrollan en silencio mientras siguen por el mundo conquistando laureles las películas de que son protagonistas.

El nombre de Lya de Putti, nos evoca todo un mundo de obscuridad y de misterio; de libertinaje y de fascinación. Ocupaba un puesto muy brillante en el retablo del plano escénico y ha valorizado en las Enciclopedias la verdadera significación de las «vampiresas». Porque no ha encerrado el vocablo en los estrechos moldes de un vulgar neologismo, sino que lo ha creado al contacto de una estética amplia ajena a las posturas histriónicas y estridentes de las Bertinis y, si cabe, de los enroscamientos de las Nitas Naldis.

Lya ha sido la Cleopatra del cinema. Hasta su imperiosa voluntad, hasta las mismas tempestades. El mismo físico, los mismos gestos. Si acaso, la propia Cleopatra de la historia, miraría con codicia los ojos de fuego que fulguran como fraguas ardientes de la artista, esos grandes ojos, negros y misteriosos, que al mirar, emplean, unas veces la táctica juguetona de los inocentes coquetos y otras permanecen fijos al azar, y contra cuyo fiero centelleo no puede prevenirse ni acorazarse ningún «galán», ni ningún espectador.

En la película «Variété», era la auténtica Lya de Putti, la mujer de carne y de espíritu que no derivaba de nadie, la «Berta-Maria» artificiosa y voluble, oriental y turbadora, moderna y movidiza. Una pasional de progenie gitana, de quereres cálidos y tempestuosos, una exaltación que hacía víctima propiciatoria suya al saltimbanqui «Boss» y se aprovechaba de la juventud de «Artinelli» para sustituirle y conducir a aquél hasta el desenfreno de la amargura y del crimen.

«Flapper» llena de perfumes libidinosos y étnicos, con las aletas palpitantes de su nariz y sus cabellos de rico azabache fino. Temperamento violento dotado de la penetración y sagacidad de todos los novelistas psicólogos. «Berta-Maria» que no olvidaremos nunca y que sobrevivirá en la inmortalidad del cinematógrafo, muchos años después que se hayan olvidado las exequias de Lya de Putti y su crepúsculo final.

JESÚS ALSINA

ARGUMENTOS de PELÍCULA

Si le interesa escribir para el cine y desea llevar sus creaciones a la pantalla, escríbanos sin demora. Informes gratis.

UTILIDAD

Apartado 159 - VIGO - España

y espanto nos causa ver como tallos jóvenes y frescos de bellas y sugestivas «estrellas» y robustos galanes, no cesan de invocar la muerte, después de haber dado pruebas de su propia suficiencia y cuando lograron reunir, en una misma persona, esos tres grandes valores sociales, difíciles de darse cita, y que son: la fama, la juventud y el dinero.

Os confieso que este aspecto patológico de los artistas del celuloide, gana magnitud por la frecuencia con que se sucede esa terrible constelación roja de desesperados.

¿Cansancio de vivir? ¿Amores contrariados? ¿Estupefactos? ¿Dosis de veronal? ¿Snob? ¿Qué sé yo!

Lo único que sabemos es que nos inspiran lástima esta debilidad de temperamento y falta de entereza; esta medicina brutal que cul-

La lectura del nuevo manuscrito

SOBRE mi mesa de trabajo había quedado depositado el manuscrito de la nueva producción sonora de la Ufa imaginada por Erich Pommer. Sobre la cubierta de piel roja aparecía grabado en letras negras el título: «El Congreso se divierte». Unas horas de soledad y de pausa, como con tan poca frecuencia las tenemos en nuestro oficio, me permitieron sentarme a la mesa de trabajo con tranquilidad de espíritu. Me llamó la atención inmediatamente la alegre tonalidad roja de la cubierta del manuscrito. El título, por otra parte, no tenía nada tampoco de repelente, sino más bien todo lo contrario. ¿Qué mejor modo de pasar las horas de descanso que dedicarlas a hojear el manuscrito de mi nueva producción?

No se trataba de estudiar, sino sólo, como ya hemos dicho de pasar la vista por las hojas blanquinegras que encerraban el secreto. La curiosidad de una, en estos casos, se siente en primer lugar atizada por cosas, después de todo, secundarias. ¿Cuál iba a ser mi nombre? Christel Weinzing. Nombre típicamente vienés, de muchacha vienesa y de clase más bien pueblerina. No me disgustaba la sonoridad, pero el nombre por sí solo no me decía tampoco gran cosa. ¿La profesión quizás? Vendedora de guantes. Algo había en la profesión—como un eco de coquetería y de elegancia, también de discreteos a través del mostrador—que tampoco me disgustaba. Pero en fin, a una vendedora de guantes pueden ocurrirle las cosas más diversas y contradictorias. Quizá los amores que iba a tener—porque es difícil imaginar una vendedora de guantes vienesa sin amoríos—iban a indicarme algo más preciso sobre el carácter del personaje. ¿De quién iba a tener la obligación de enamorarme para dar cumplimiento al destino que el autor del manuscrito me había deparado? Nada menos que de Alejandro I, zar de todas las Rusias.

Es así como yo empiezo siempre a leer un manuscrito para empezar a situarme. Después me procupo de averiguar las situaciones agradables y las situaciones desagradables en que he de encontrarme. Entre estas últimas ninguna más terrible que los 25 azotes a que me

vi condenada en la página 47. Estuve a punto de arrojar el manuscrito con iracundia, pero me contuve—porque después de todo si lo hubiese arrojado no me hubiera quedado otro recurso que volver a recogerlo—y preferí echar una ojeada a la página 80, cuya punta aparecía atentamente doblada por el autor. Cuando los autores llaman la atención de un artista sobre una escena determinada, es porque en esta escena tendrá que ocurrirle seguramente algo de agradable en términos generales y, muy particularmente, para su vanidad de mujer. La regla general no falló tampoco en este caso. «La carroza espera y un lacayo ruega a la señorita Christel Weinzing que se digne subir. La carroza la conduce al palacete que le regala el zar.» Así rezaba el manuscrito.

Esto ya es otra cosa, pensé en seguida. Recibir regalos de un emperador es siempre cosa agradable y cuando estos regalos se convierten ya en palacios y en carrozas, la satisfacción sube de punto. La vendedora de guantes iba a convertirse en favorita del empera-

dor, guiada por la mano invisible de un destino propicio de una hada bienhechora. Me encariñé inmediatamente con la escena y con las posibilidades que se me ofrecían, la leí dos, tres, cuatro veces y, ya empezado el trabajo en el taller, esperé con impaciencia que llegara el momento de rodarla, tales eran las esperanzas e ilusiones que en ella tenía puestas.

Estas esperanzas no quedaron defraudadas por la realidad. El genial director de escena Eric Charell había creado un marco digno del cuento de hadas imaginado por Norbert Falk, el autor del argumento. Werner Richard Heymann, por su parte, había escrito para esta escena la más deliciosa de las partituras. Sólo faltaba la realización escénica, cantar y danzar lo que el poeta y el músico habían escrito de modo que cuadrara con el ambiente creado por el realizador.

Muchos son los momentos de placer, de satisfacción con el propio trabajo, que me ha procurado hasta ahora la cinematografía sonora. Pero las horas pasadas en el rodaje de esta escena extraordinaria dejaron en mi espíritu un recuerdo que difícilmente podrá extinguirse. Ojalá les ocurra lo mismo a los espectadores.

LILIAN HARVEY

LOS INFATIGABLES

Los artistas de cine son en verdad infatigables. Casi todos ellos tienen, además de su carrera artística, algún trabajo personal al que se dedican por mero placer, un interés que domina su existencia, consumiendo su tiempo y energías cuando las labores del estudio no los reclaman para sí.

Aquí tenemos a Marie Dressler, por ejemplo: en medio de su atareada existencia, la famosa estrella ha encontrado tiempo para escribir dos libros: «El patito feo», una autobiografía inspirada en el célebre cuento de Andersen, y publicada en 1924, y «La muchacha sobre cubierta», continuación de la misma biografía.

Marie es feliz cuando se sienta frente a su escritorio y escribe. Es autora de numerosos artículos publicados en diferentes revistas. Algún día, cuando decida retirarse de la pantalla, Marie dedicará probablemente esa colosal energía de su espíritu al cultivo de la literatura. Y ¡qué inagotable material tendrá para sus libros, con sólo mirar retrospectivamente su propia vida!

Aparte de su infatigable interés en el cine, Wallace Beery vive para y por la aviación. Posee una licencia de navegación aérea, y es dueño de un avión con capacidad para seis pasajeros. Su biblioteca está atestada de libros sobre la aerostación, asunto en que el mismo Beery es autoridad reconocida. Si Wally no se halla en el estudio de la Metro Goldwyn Mayer, casi podéis estar seguros de encontrarle en el hangar, o entre sus planos de aviación... o en el aire.

Joan Crawford es, como quien dice, «actriz de profesión y escultora de vocación». En el taller de su casa en Beverly Hills, Joan se pasa las horas muertas modelando en arcilla, siempre que sus otros deberes no reclaman su atención. La mayor ambición de su vida es ir a París a estudiar escultura.

Lionel Barrymore, el genial «Stephan Ashe» de «Alma libre», divide sus intereses entre el cine, el grabado al agua fuerte, y la composición de música. En su temprana juventud, Lionel estudió pintura y música en París. Más tarde, al convertirse en actor, sus estudios quedaron relegados a un lugar secundario en su vida; más nunca los olvidó completamente, y hoy en día, consagra todas las horas que le deja libre el cine a hacer exquisitos grabados al agua fuerte y a escribir composiciones musicales.

Jean Hersholt colecciona libros antiguos cuando no está caracterizando alguno de sus dramáticos personajes.

John Miljan, siniestro «villano» de la pantalla, consagra sus horas libres al cultivo de las flores de su jardín... ¡Quién lo dijera!

Anita Page cifra su felicidad en su cuaderno de dibujo y por cierto que sus dibujos a pluma y sus acuarelas son dignos de un artista más experimentado que la joven Anita.

Neil Hamilton fué en un tiempo presidente de una Asociación nacional de «magos amateurs», y siempre que puede da funciones de magia en su casa para diversión de sus amigos. Con este objeto, ha reunido en su hogar los más complicados aparatos, y su estudio particular está atestado de libros sobre el asunto.

Conrad Nagel dedica gran parte de su tiempo libre a actuar como orador oficial del cine... Nagel pronuncia discursos por la radio, oficia de maestro de ceremonias en los estrenos, dirige las asambleas de artistas o directores... en suma, representa a la industria cinematográfica por doquiera. Durante su larga carrera como actor, Nagel ha hecho un estudio cuidadoso del negocio del cine, con sus problemas y sus posibilidades.

No, los artistas de Cinelandia no se sientan a descansar durante los intervalos entre películas. Además de su labor artística, tienen otras muchas cosas que llenan su tiempo y reclaman su atención.

KATOKA

Crema
May-Wel

núm. 48.

Para Cutis Anémicos, Picaduras de Viruela y Limpieza de la Epidermis

Única crema en el mundo para los cutis anémicos, las picaduras de viruela y otros defectos del cutis.

La Crema May-Wel núm. 48 limpia las capas de la piel, las alimenta y hace que la epidermis se cure casi instantáneamente.

Con suma constancia llega a eliminar por entero los pequeños hoyos de la viruela y los demás defectos de la piel.

Usando la Crema May-Wel núm. 48 estará en todas las épocas exento de granos y rojeces en la piel. Su cutis será envidiado por verse transparentada su frescura natural de la juventud.

MODO DE EMPLEO

Por la noche frotar bien el cutis con una pequeña cantidad de esta crema y por la mañana lavarse con jabón, secarse y pasar el tónico 84.

MUESTRA GRATIS se envía a todo solicitante con sólo remitir un sello de correos de 0'25 y certificado 0'40, a

J. OLIVER

Cortes, 569

BARCELONA

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

Peligro de muerte

DE una gacetilla:

«Para las tribus libres de la Polinesia, la ley misteriosa del «Tabú» no puede ser, bajo ningún pretexto, conculcada; un lugar, una mujer, un objeto son «Tabú» y nadie debe aproximárseles, bajo pena de muerte.

¿Supersticiones? No hay que reírse, sin

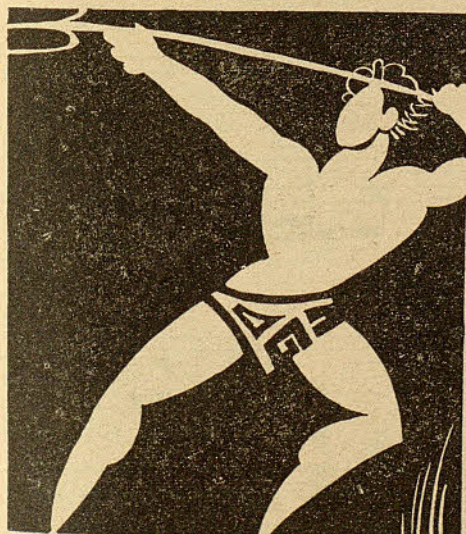


embargo, de estas supersticiones. Cuando F. W. Murnau filmó en las Islas del Sur esta magistral cinta Paramount, titulada «Tabú», que ofrece a nuestros ojos y a nuestra mente maravillas de ensueño, un viejo indígena, le dijo con gravedad:

—¡Ten cuidado. Los Dioses vigilan. Y es peligroso jugar con las cosas sagradas!

El malogrado Murnau, robusto mocetón de cuarenta años, en toda la fuerza de la edad y de la salud, sonrió a la advertencia.

Y, sin embargo, el 11 de marzo de 1931,



se mataba en un accidente de automóvil, precisamente al dirigirse a Nueva York, para el estreno de su film.»

He aquí un ingenioso «No tocar, peligro de muerte», anterior al descubrimiento de la energía eléctrica.

La ley del «Tabú» es algo terrible como queda demostrado.

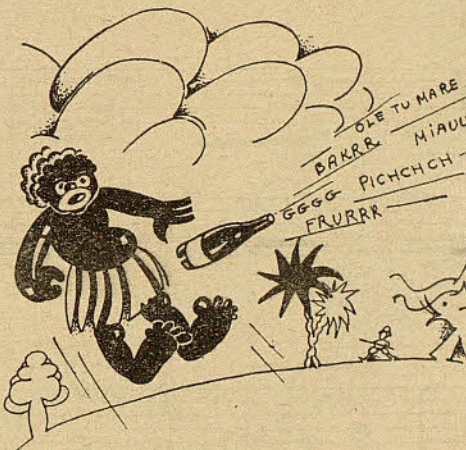
No seremos nosotros quienes nos atrevamos a violarla. Es más cómodo presenciar desde una butaca lo que ocurre en la pantalla que meterse en camisa de mujer declarada «Tabú».

La fuga de sonidos

Cuando se confió a William S. Van Dyke la misión de dirigir en el centro de Africa la película «Trader Horn», no podía imaginarse las aventuras que el destino iba a depararle ni pudo tampoco suponer el gran director mientras estuvo viviéndolas, el fin afortunado que las mismas habían de tener.

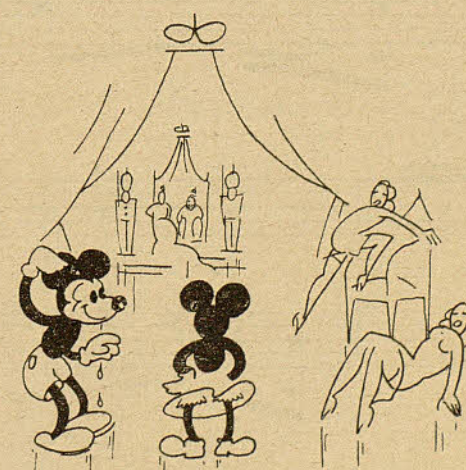
Oigamos lo que dice el mismo Van Dyke:

«A medida que íbamos registrando los sonidos los almacenábamos muy bien catalogados en botellas de champán que eran inmediatamente lacradas. Un negro—el mismo que



es devorado por un león en «Misterios de Africa»—, gran aficionado a las bebidas espumosas, destapó imprudentemente una de las botellas; los sonidos en libertad, se precipitaron en la selva. El momento era grave, cualquier animal o vegetal podía apoderarse de ellos puesto que le pertenecían y si lograban llegar a las montañas se confundirían con el eco y los habríamos perdido para siempre.

Ordené que salieran en su busca dos de mis operadores y al fin, tras grandes penalidades, pudieron capturarlos.



Pero les encontré un defecto: que se habían acatarrado.»

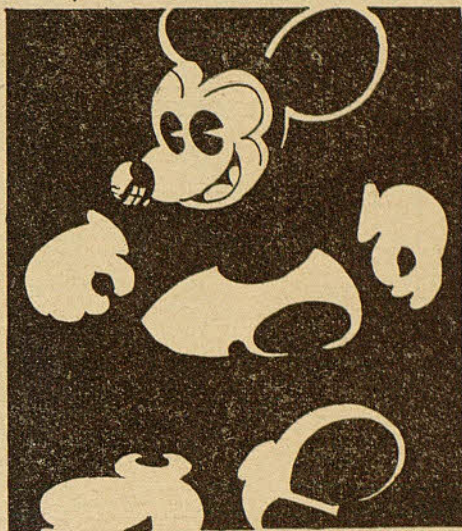
Y he aquí la aventura de Van Dyke, gran director y gran humorista.

El ratoncito Pérez, ante los reyes de Inglaterra

Leemos:

«Mickey Mouse», el popular ratoncito creado por el genio del gran caricaturista Walt Disney, tuvo, no ha mucho, el honor de aparecer, a petición de los reyes de Inglaterra, en el Palacio de Bucknigham, de Londres.»

El simpático Mickey se vió en un aprieto. Las bellas cortesanas se encaramaron, al ver-



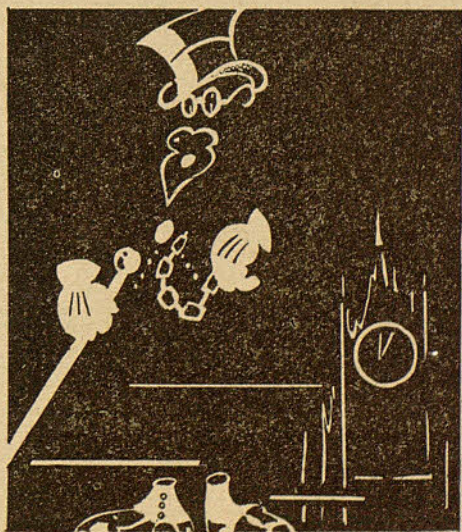
le, con revuelo de faldas, en los tapizados sillones.

Y menos mal que no había a mano una escoba, que si no...

Otra noticia: «El hombre invisible»

«La Universal ha adquirido los derechos de filmación de una de las obras más conocidas del famoso autor inglés H. G. Wells, que se titula «El hombre invisible». La trama de esta obra trata de un médico estafalario que ha descubierto una fórmula que le permite cambiar por completo su personalidad.»

Es un acierto indiscutible de la Universal llevar al lienzo de plata esta originalísima



novela de Wells, tan dinámica y rica en sugerencias.

Sólo tiene un peligro: el de que el día del estreno todos los espectadores sean también invisibles y no se hayan «retratado», por lo tanto, en la taquilla.

Las flores del amor

Tango

y II

de María Borrachero Lajara

- mi - na mar - chan - do sin te - mor por

qué su fei - lu - mi - na con vi - vo res - plan -

- dor Co - lor le dan las

ro - sas ya - ro - ma en - bria - ga - dor y

co mo flor her mo sa tie nen tam - bien es -

- pi - nas las flo - res del a - mor. *ff pp*



HELEN JOHNSON
Actriz de la Paramount

MODAS
DEL CINEMA

PIJAMAS A GRANEL

por GLORIA BELLO

Es bien conocida la boga actual de los pijamas, esa prenda de origen esencialmente masculino, y que, debido a las originalísimas variaciones que ha sufrido en su forma y material de confección, se ha convertido en la prenda favorita de las damas, y elemento indispensable en el guardarropa de toda mujer que se precie de moderna y elegante.

Entre las actrices cinematográficas, muy especialmente, se ha difundido esta moda en pro-

porciones increíbles, quedando las batas de casa, saltos de cama, etc., completamente fuera de uso.

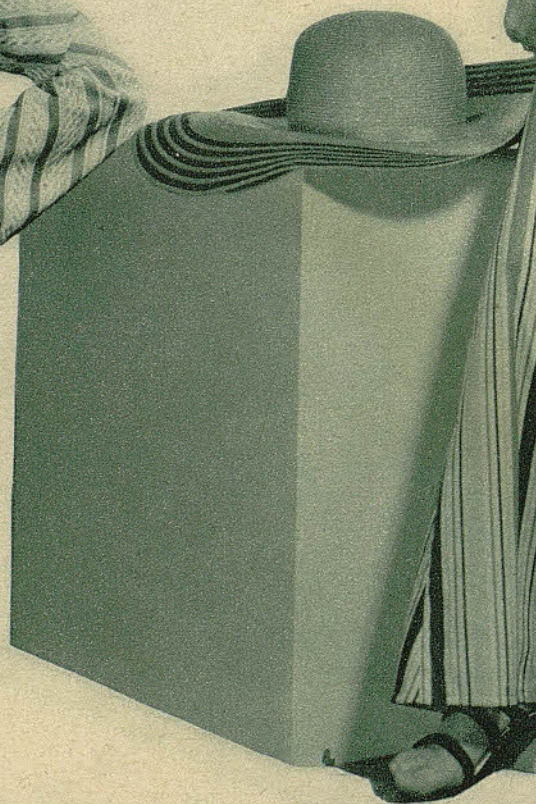
La unánime y entusiasta acogida que ha obtenido el pijama entre las actrices del celuloide, se debe a sus indiscutibles condiciones prácticas. La vida harto complicada y vertiginosa de las artistas, necesita de toda clase de elementos que la simplifiquen y hagan más sencilla y fácil. Y un elemento de insospechadas condiciones prácticas, repetimos, es el pijama.

Las actrices los poseen a docenas, de todas formas y colores, y de muy diversas categorías.

Explicaremos esto de las categorías. Hay pijamas y pijamas. Los hay de noche, de mañana, de trabajo, de sport, de playa y de «vestir». Los primeros suelen ser de géneros sencillos y lavables, formas simples y prác-



Pijama estilo árabe, con amplias perneras cortadas diagonalmente y gracioso bolero.



Pijama para playa, seda lavable, rayado en colores verde, amarillo y rojo. Cinturón de charol.

ticas. En cambio, los últimos, son de un lujo a veces fastuoso, y parecen verdaderos trajes de recepción por sus anchas perneras que simulan una falda acampanada de mucho vuelo. Se confeccionan en sedas gruesas o terciopelos, y es la prenda indicada por la moda, y que usan invariablemente las artistas cinematográficas para recibir a sus invitados, en su casa, a la hora del té.

En las diarias actividades

de las actrices, el pijama de «trabajo» juega también un importantísimo papel. Lo usan todos los días para ir y venir de su casa al «studio» en su auto, y aun allí, entre escena y escena, echan mano de él nuevamente, pues les permite descansar con mayor comodidad.

En las playas se ve también una variedad extensísima de estas cómodas prendas, que para esta aplicación suelen carecer de espalda, llevando únicamente dos tirantes cruzados, a modo de los delantales, resultando muy prácticos para las aficionadas a los baños de sol.



Lujoso pijama de recepción, de terciopelo chifon gris perla, con encajes de Alençon, color crudo.

Para el tennis se usa generalmente una blusa o jersey blanco, y unos pantalones, a lo marinero, amplísimos por la parte baja, y que se confeccionan en piqué o franela blanca.

Y, por último, las artistas aficionadas a los quehaceres domésticos, o bien al cuidado del jardín, suelen ataviarse con un sencillito y gracioso pijama de cretona rameada, de colores vivos, y un amplio sombrero de paja o de la misma tela que el pijama.

Entre las actrices cinematográficas se ha esta-

blecido una especie de pugilato para ver quién luce los pijamas más pintorescos y originales y les da más atrevidas aplicaciones. Y hace poco hablaron los periódicos de una actriz, principianta, que apareció en la iglesia el día de su boda pomposamente ataviada con su nuevo velo y un regio pijama de satén blanco, que arrastraba por el suelo sus amplias perneras, a no dudar las más modernas galas nupciales. No hay que negar que el efecto debía de ser «originalísimo», y la novia consiguió lo que deseaba, que era atraer la atención de la prensa sobre su desconocida personalidad.

Nunca tan aplicable como ahora aquella frase de que las mujeres llevan en muchos casos los pantalones, ya que han sabido

adoptarlos con tan magnífico gesto de independencia y desprecio de las conveniencias y prejuicios ancestrales de su sexo.

Pero lo curioso del caso es que las mujeres, americanas o europeas, han adoptado el pijama, en un alarde de modernismo y audacia, sin darse cuenta de que las recatadas hijas del Celeste Imperio y de varios otros países del lejano Oriente, lo vienen usando como única indumentaria desde hace cientos y cientos de años. ¡Oh, el Progreso, mujercitas modernas!



Pijama de recepción, confeccionado en crepón, combinando tres tonos de verde. De un verde muy pálido el cuerpo, verde esmeralda la parte superior de los

pantalones y verde oscuro la parte

inferior de los mismos, así como la chaqueta que lo acompaña.



RIEN LAS ESTRELLAS

por CONCHITA URQUIZA

Un grupo de artistas se había reunido en el camarín de Marion Davies en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer. Lawrence Tibbett, Marie Dressler, Nils Asther, Robert Montgomery, Lewis Stone... era aquella una brillante reunión de estrellas y, mejor aún, estrellas en la intimidad, despojadas de los oropeles del oficio... El reportero las había sorprendido en esos momentos de apacible descanso, cuando los artistas, en la sociedad de sus iguales, se convierten en simples seres humanos.

La conversación giraba alrededor de los

graciosos incidentes que ponen un granito de sal en la fatigosa vida del artista. Decía Lawrence Tibbett:

«Nunca me he reído tanto como cierta vez en que un tenor... Pero comencemos por el principio.

»Era en los días en que los conciertos por la radio con cantantes de ópera empezaban a ponerse de moda, y los cantantes teníamos que aprender a reducir el volumen de la voz para que ésta no repercutiera en



Marion
Davies



Robert
Montgomery

el cuarto cerrado. Había entre nosotros un tenor—prefero no mencionar su nombre—que tuvo que practicar bastante tiempo antes de poder cantar en el tono requerido. Por fin, la noche del concierto, avanzó hacia el micrófono con aire de completa seguridad, abrió la boca... y dejó escapar una nota atronadora que por poco nos ensordece...

«¡Le dijimos que cantara suavemente!—exclamó el director del concierto.

»—Es verdad—replicó el tenor—. Pero unos amigos de Italia me escribieron diciendo que iban a escucharme por la radio... y tenía que cantar fuerte para que me oyeran desde tan lejos...»

Cuando el coro de carcajadas provocado por el relato de Tibbett se hubo apagado, le tocó a Marie Dressler referir una ocurrencia chistosa:

«En cierta ocasión—dijo la simpática artista—paseaba yo con el director George Hill por el terreno anexo al estudio, cuando un gran perro, salido quién sabe de dónde, se precipitó como una avalancha sobre Hill y le hincó los dientes en una pierna. No hubo manera de desprenderlo de allí, hasta que un chiquillo pecos, que llevaba un látigo en la mano, silbó de una manera particular... Entonces el animal soltó su presa y se alejó tranquilamente, llevándose en el hocico un jirón de los pantalones de George.



Lawrence
Tibbett

«¿Qué significa esto?—preguntó el director indignado.

—«No puso usted un aviso en el periódico solicitando un perro amaestrado para pescar a un individuo por las piernas—. Pues bien: yo vine a solicitar el trabajo para mi perro... y estaba tratando de demostrar su habilidad.

«Y lo más curioso es que el perro consiguió el trabajo, después de todo! —añadió Marie.»

A su vez, Nils Asth r contó un chasco que se llevara en cierta reunión de Cinelandia.

«Cuando vine por primera vez a Estados Unidos —dijo—, me invitaron a una fiesta. No conocía yo all  a na-

die más que a la dueña de la casa. Entre los invitados había muchas mujeres hermosas, y una de ellas, una blonda diminuta, me fascinó sobremanera. Bail  con ella toda la noche, le ofrecí el brazo para conducirla a la mesa y la colmó de atenciones...

«La chica era preciosa... Notaba yo, sin embargo, que las parejas que pasaban a mi lado me miraban y se sonreían maliciosamente... Por último, al terminarse la fiesta, la dueña de la casa, llevándome aparte, me dijo:

«— No sabe usted quién es la dama con quien ha estado bailando?... Es Fanny Ward:  una «jovencita» de sesenta años de edad! 

W. S. Van Dyke, con una chispa de malicia en los ojos, contó una «verídica historia» que hizo reír a los presentes de buena gana.

«Cuando volví de Tahití, después de haber filmado «El pagano»—comenzó el famoso director—, un club femenino me invit  para dar una conferencia acerca de la vida de aquella isla...

«Pues, señores, me ech  unas cuantas copas

entre pecho y espalda para darme valor, y preparó un discurso acerca de las salvajes costumbres de los ab rigenes, sus crueldades, sus pasiones, etc., exager ndolas un poquito y añadiéndoles adornos de mi colete.

«A decir verdad, tem a que mi perorata resultara demasiado borrascosa para los tiernos oídos femeninos... Mas, contra lo que esperaba, las damas, en lugar de escandalizarse, aplaudieron entusiasmadas y aun me hicieron repetir varios pasajes.

«Recientemente, cuando regres  del Africa con la compa a que filmara «Trader Horn», me llamaron por teléfono.

«—Máster Van Dyke—murmuró una suave voz femenina—. Habla la presidenta del Club X (el mismo donde había yo pronunciado el discurso de marras años atrás).  Ser  usted tan amable de darnos una conferencia acerca del Africa, similar a quella de Tahití?... Y a propósito (una risita ahogada)... Es usted (otra risita)..., ya s  que la pregunta resulta extra a; pero (risitas)... quiero decir,  sigue usted siendo tan tempestuoso en sus discursos como antes?... (Y luego, con un profundo suspiro):  Gracias a Dios! 



Marie Dress-
ler  Con dolor

de muelas?
 Pobrecilla!

CATALINA BÁRCENA SE ASOMA A LA PANTALLA

... Y se asoma a la pantalla por vez primera como lo que es, como una gran actriz, dotada de una sensibilidad exquisita y de un talento dramático fuerte y claro.

Nos imaginamos a la ilustre actriz llena de curiosidad y de inquietud, y un tanto cohibida ante esa nueva desfloración de su arte.

Inquieta y curiosa, porque lo desconocido, lo inédito, provoca esos sentimientos en los espíritus selectos.

Cohibida, porque una mujer de inteligencia tan despierta como la suya, una actriz de su prestigio, sabe que el objetivo igual puede realzar su figura que maltratarla artísticamente.

Es una prueba esta del cinema que asusta siempre a los que tienen plena conciencia de su mérito y de su responsabilidad, a los que saben que tras el ojo vigilante de la cámara puede estar el fracaso.

Pero el rostro de Catalina Bárcena se asoma sereno a la pantalla en «Mamá», obra dominada por ella en la escena teatral. En el teatro, ese tipo de mujer creado por el eximio comediógrafo don Gregorio Martínez Sie-



Catalina Bárcena, la gran actriz y María Luz Callejo, la deliciosa ingenua, en una escena de «Mamá».



Una escena de «Mamá», producción Fox.

En esta escena, Catalina Bárcena y Andrés de Seguro.

rra, se entrega por entero a Catalina Bárcena. La actriz es dueña del personaje, de su contextura dramática, de sus pasiones y sentimientos. Cuando esto ocurre, la interpretación tiene un nombre más alto y definitivo: creación. Crear un personaje es infundirle vida, humanizar el tipo literario o dramático trazado por el autor. Es esto algo tan formidable, que sólo los artistas eminentes pueden lograrlo alguna que otra vez, no siempre ni con todos los tipos que se les confía.

El autor dice: «Mi personaje tiene trazada esta ruta; sus palabras y sus actos definen su carácter, descubren su alma». Pero es el intérprete quien le da el gesto y el alma apropiados para que las palabras y los actos del

personaje tengan categoría humana y pasen del mundo de la ficción a una vida real durante el tiempo que se mueve, acciona y habla ante los espectadores.

Si esto no se consigue, por muchas cosas que haga y diga, no emocionará al público. El personaje está en la voz, en el gesto, en la mirada, en el ademán del artista. Si voz, gesto, mirada, ademán, no plasman la palabra del personaje, no resultan adecuados a su carácter dramático, a pesar de la corporeidad que le da el intérprete no pasará de la categoría de fanteche.

Catalina Bárcena, al tipo de Mercedes, en «Mamá», le presta esa humanidad, esa realidad. En el teatro y ahora en la pantalla, donde por el distinto matiz artístico del cine, no podía serle tan dócil el personaje.

No tienen estas líneas una intención crítica. Lo que de comentario crítico sugiere, ya se apuntó en esta revista al pasarse el film de prueba.

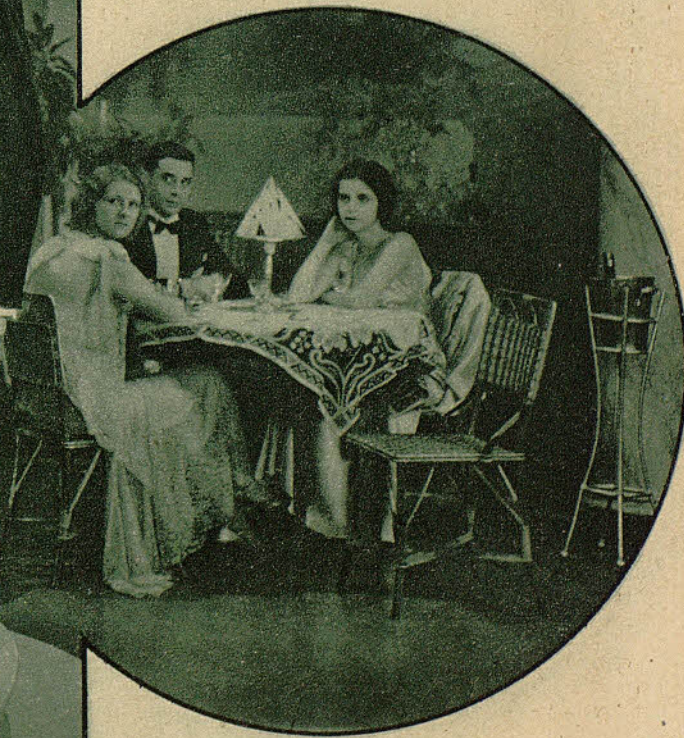
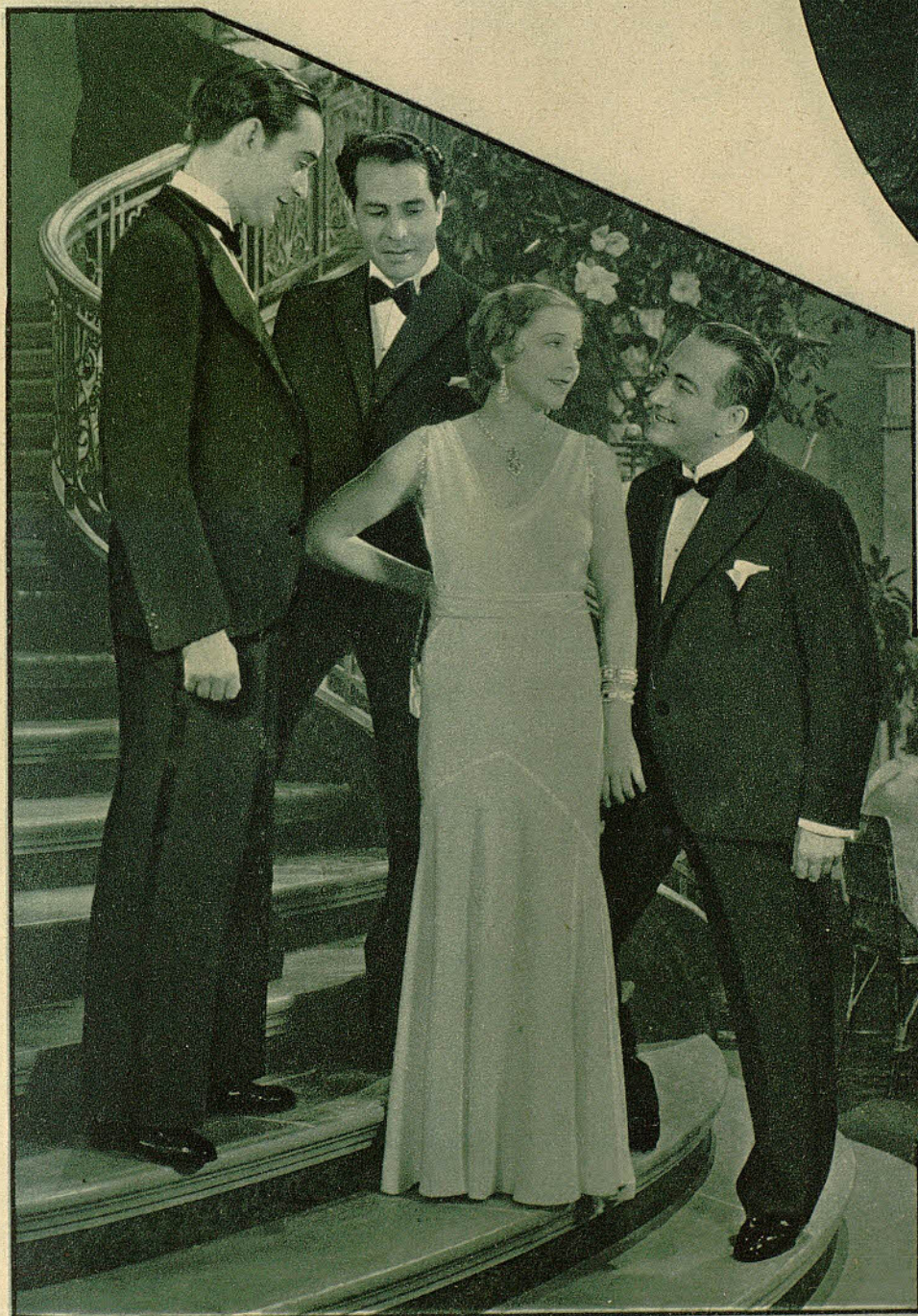
Lo único que aquí se pretende hacer resaltar es el temperamento de Catalina Bárcena, que vence las dificultades tremendas de una actuación inicial ante la cámara.

Y, por añadidura, que al cinema hablado en español se acaba de incorporar con fortuna una nueva figura de prestigio tan sólido, de talento artístico tan considerable como la ilustre actriz Catalina Bárcena.

GAZEL



Escenas del film «Mamá» en la que figura su protagonista, la ilustre actriz española, Catalina Bárcena.



LOS FILMS
DE LA
TEMPO-
RADA

Cuatro estudiantes

La casa Gaumont presentará esta alegre y magnífica opereta, lujosamente realizada, de la que son protagonistas el destacado actor Werner Fütterer y la linda damita Gretel Terntt.



Los mejores temas de "Cuatro estudiantes" bailan en discos



La Voz su Amo



DESDE PARÍS

Charlando en serio y en broma con Pitouto

PEDRO ELVIRO, PITOUTO, se enteró en seguida de que querían hacerle una entrevista y, sin saber cómo, puso pies en polvorosa. Le busqué por todas partes inútilmente: no estaba en el plateau, ni en el camerino, ni en el restaurante. A pesar de que hice mi viaje a Billancourt con el solo objeto de esta charla... Huía de mí como del demonio. ¿Por qué?

Pitouto quiere que los periodistas inventemos su historia, sus anécdotas, sus pesares y sus alegrías, porque de poco a esta parte no dice una palabra a nadie como no sea ésta arrancada con «tirabuzón».

Y no puede ser: el artista debe comunicarse continuamente con el público, con su público, que gusta siempre de conocer los detalles más insignificantes de su vida. Desde luego, él no lo hace con mala intención, sino porque a veces somos demasiado indiscretos y le hacemos preguntas que se ve obligado a contestar. Por ejemplo, el mes pasado, con motivo de un estreno sensacional en París, «El millón», donde él triunfa definitivamente alguien le dijo con la mayor de las frescuras: «¿Es cierto que no se compra usted otro sombrero hongo por-



que quiere hacer economías? Dicen que come usted siempre «tallarines», por ahorrar, y que sólo pide pollo cuando está invitado. He oído que hace unos días llevó usted cuarenta mil francos a su cuenta corriente del Banco de Bilbao», etc.

Tal vez por esto desapareció del estudio apenas tuvo noticia de mi llegada. Y es que no me conoce bien; no sabe que yo soy enemigo de la indiscreción.

A todo el mundo le pregunté por «Pitouto» y, aunque creo sabían dónde estaba, se encogieron de hombros para decirme: «Ha tomado un taxi con dirección a París...» ¡Embusteros!

Pero como la suerte ha sido durante muchos años mi mejor amiga, no me abandonó en aquel momento, y ¡zas! Debajo de una mesa encontré al rey de la gracia cinematográfica, a ese hombre tan pequeñito y tan grande, que todos habéis admirado una y mil veces en la pantalla...

—¿Qué hace usted ahí?—le dije conteniendo una carcajada.

—Pues..., pues... estoy buscando a Nerón.

—¿Eh...?

—Sí, hombre, sí: a Nerón, mi perro, que se me ha perdido.

Me engañaba.

—¿Quiere usted salir?

—Lo siento mucho, pero tengo que esperarle aquí.

—Unos minutos solamente, y después vuelve a su puesto.

—Imposible, porque ha de pasar de un momento a otro, y si no espero comienza a ladrar como un desesperado. Ya ve usted, a ladrar, y están rodando... Nada, para que me echen a la calle...

—Son bonitos esos zapatos...

—¿Le gustan?

—Mucho. ¿Dónde los compró?

—En Cuenca, el año pasado. Allí pasé todo el verano, y...

—Quisiera tener unos iguales; pero lo malo es que no habrá para mi medida. ¿Qué número gasta usted?

—El 33.

—¿Y cuánto le han costado?

—Doce pesetas.
—Oiga, «Pitouto»; ¿a qué edad le gustaría morir?
—¡Rediez! ¿Y para qué quiere usted saberlo?
—Se trata de una discusión que he tenido con un amigo.
—A los cien años, poco más o menos, que será cuando haga mi última película, para que pueda titularse «Vida y muerte de nuestro señor «Pitouto», artista y mártir».
—¿Y de qué enfermedad?
—Maniático... Es la única que me entusiasma...
—¿Es cierto que hizo usted tantas películas como dicen?
—Qué duda cabe... Y muchas más.
—¿Las principales?
—«Los chicos de la escuela», «La casa de la Troya», «Don Crispín el amargao»... Y en Francia, «Le Million», «Le traint des suicidés», «Cordon Bleu», «Mistigris», etc.
—¿Ahora qué hace usted?
—«El canto del marino», con Albert Pre-jean y Lolita Benavente, bajo la dirección de Carmine Galloni, y «Niebla», con María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles; ésta la dirige Benito Perojo. Y las dos pertenecen a la marca Films Osso, una de las más prestigiosas de Francia, y a la que yo más quiero.
—¿Los momentos más desagradables de su vida?
—Me los proporcionan los amigos. Es decir, los amigos que no lo son y que tienen placer en amargarme la existencia.
—¿Cuándo se siente más feliz?



—Cuando trabajo.
—De haber nacido mujer, ¿a qué se hubiera usted dedicado?
—¡Ja, ja, ja...! ¿Yo mujer? ¡Ja, ja, ja...! Pues... sería dama catequista.
—¿Qué piensa usted cuando se halla al lado de un hombre muy alto?
—Que me persiguen los paños del telégrafo.
—¿Qué películas le han proporcionado mayores ganancias?
—Las francesas: gracias a ellas vivo como usted sabe, cómodamente...
—¿Ha tenido usted miedo alguna vez?
—Miedo ha dicho...? ¿Yo, miedo...? ¡Jamás!
—¿Qué le seduce de París?
—La libertad.
—¿En qué ocasión le ha pesado más el ser pequeño?
—Todos los días en la vida vulgar. La gente no me mira con buenos ojos. Pero nada me importa. Yo soy feliz así, y lo hubiera sido también sin dedicarme al cine.
El gran «Pitouto», a cada minuto de nuestra charla, ha cambiado de posición...
—Pero salga usted ya...
—¿Y si pasa mi perro?
—Le espera en pie.
—Mire, voy a decirle la verdad. Anda por ahí un periodista que quiere hacerme una entrevista... Por eso me he escondido, para que no me encuentre. Si usted me perdona, continuaré aquí dentro. ¿Le parece bien?
—Encantado. Por mi parte puede hacer lo que más desee.
Y allí quedó, no sé hasta cuándo, «Pitouto», el gracioso «Pitouto».

MARIO ARNOLD

Desde principios de semana se está proyectando en el Cine Urquinaona el film de la Warner Bros, presentado por Cinematográfica Almira,

LA FIERA DEL MAR

al que corresponden las escenas reproducidas en esta página.

Figura al frente del reparto un actor de tan positiva valía y de temperamento dramático tan formidable como John Barrymore, y es primera figura femenina, una actriz tan bella y de sensibilidad artística tan aguda, como Joan Bennett. El éxito acompaña a esta producción.



El cinema hablado en español va depurándose y adquiriendo calidad en los estudios de California.

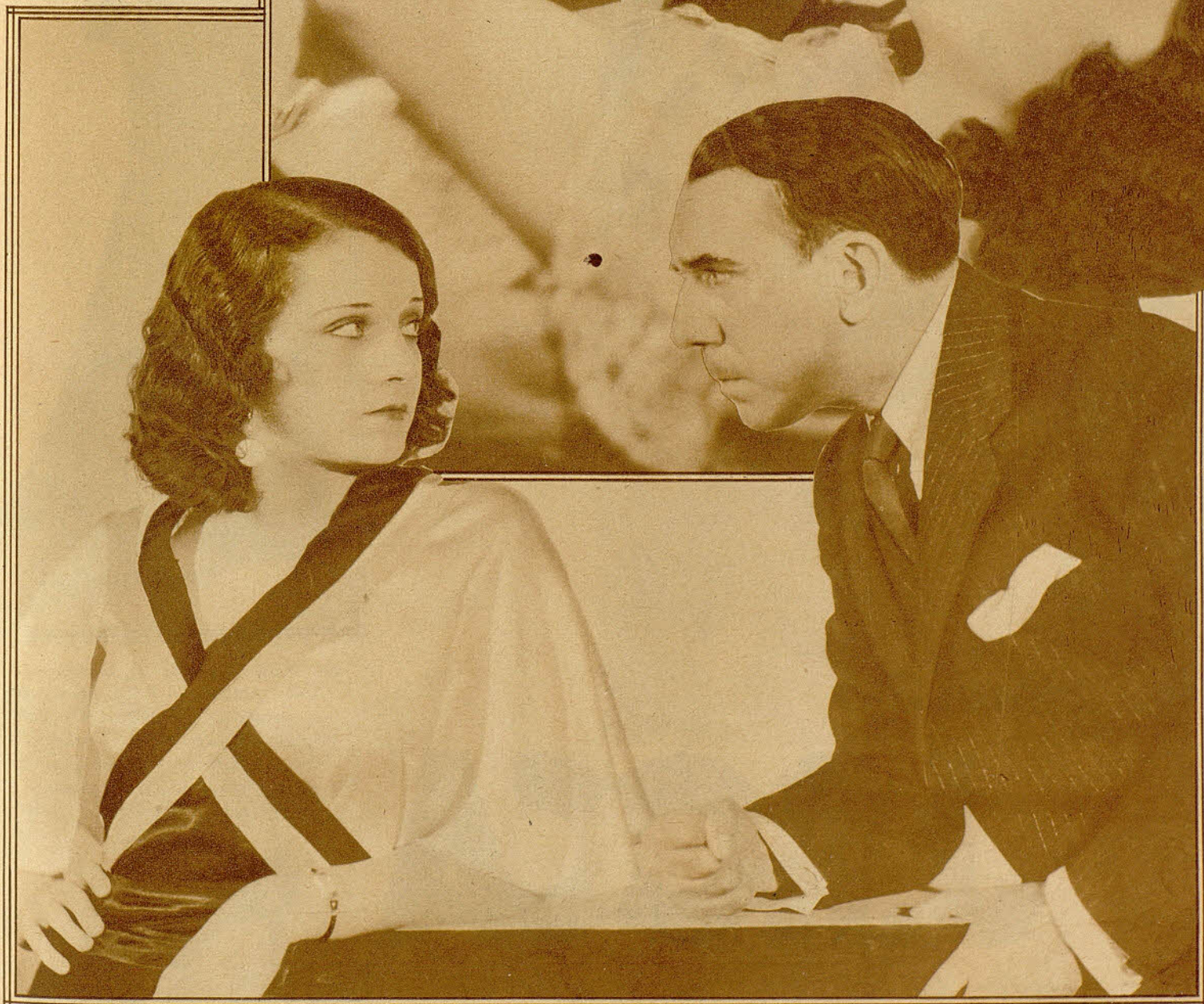
Podrían citarse varios títulos de films dialogados en nuestro idioma, e interpretados por artistas hispanos y de la América latina, que son una demostración palmaria del anterior aserto. Pero no es esta la ocasión ni el lugar.

Aquí presentamos dos escenas de una de esas producciones bien logradas

El pasado acusa

en cuyo reparto figuran artistas tan notables como Luana Alcañiz, Carlos Villarias, Barry Norton, María Calvo, Rosita Granada, Alfredo del Diestro y Paul Porcasi.

"El pasado acusa" lo presenta Artistas Asociados.



Una mujer "chic"

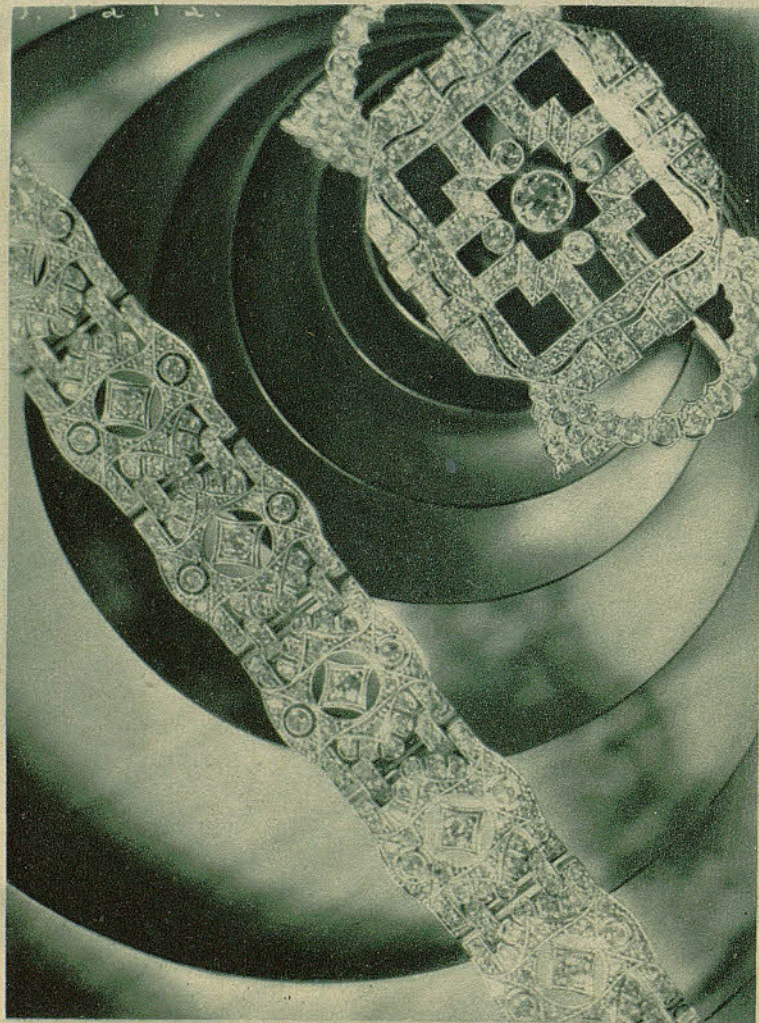
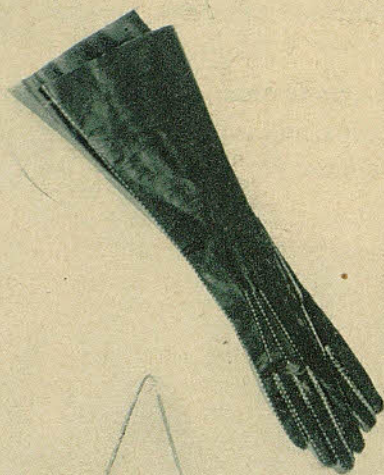
LA elegancia es la naturalidad. Una mujer ataviada con arreglo a las exigencias de la moda, pero sin gracia en los movimientos, sin ritmo en la figura, sin naturalidad en los ademanes, podrá ir bien vestida, pero no es una mujer "chic".

La pantalla nos presenta constantemente mujeres que a su belleza unen la distinción. Un buen ejemplo de lo que afirmamos es la deliciosa criatura que sirve de adorno a esta plana.

¿Su nombre? Leila Hyams, actriz de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Leila luce este traje de recepción, de terciopelo negro con "peplo" de cuentas blancas, cuyo color se va oscureciendo hasta terminar en negro.

Leila usa este vestido con un abrigo del mismo color, con lujoso cuello de piel.



Un Joyero

J. ROCA

RAMBLA CENTRO, 33 - PASAJE BACARDI, 2

de armiño bordeado de zorra negra. Unos guantes, un bolso, unos zapatos, completan el atavío, en verdad, magnífico de esta lindísima artista.

Nuestras lectoras decidirán si en verdad, esta indumentaria, es elegante y si quien la ostenta es una mujer "chic".



UNA MUJER. UNA ACTRIZ

María Fernanda Ladrón de Guevara

LEGA María Fernanda Ladrón de Guevara al primer plano cinematográfico, en plena juventud y en plena madurez de su belleza y de su talento artístico.

No es, no puede ser el paso por la pantalla de esta hermosa mujer, de esta exquisita actriz, pasajero ni leve. Su actuación en «El proceso de Mary Dugan», y luego en «La mujer X», la señalan como un nuevo valor del cinema.

Se la ha sometido en el último de estos films a transformaciones físicas que, desfigurando su rostro y su silueta, han puesto a prueba la ductilidad de su temperamento y su fibra dramática.

En el teatro realizó ese mismo papel la gran trágica Sara Bernhard. Luchar en la pantalla con el recuerdo de la actuación de aquella artista genial, era una empresa harto atrevida, que podía determinar el fracaso ruidoso de la actriz española.

No ha sido así y esto sólo determina la valía de María Fernanda Ladrón de Guevara.

Su labor en «La mujer X» tenía otro escollo que vencer: el de la trayectoria que le marca el personaje al que se le ve envejecer y degradarse en la pantalla.

El tipo es difícil de encajar por una actriz joven y guapa como María Fernanda Ladrón de Guevara. Por ser el más opuesto a su figura y por tener tres edades en el curso de la obra.

A la mayoría de las actrices jóvenes y bien dotadas físicamente que se les hubiese encomendado un personaje de esa naturaleza y de esa psicología, habrían fallado su interpretación.

Evoque el lector en su memoria nombres de «estrellas» del cinema, aquellas que en los papeles de vampiras, de pasionales o de ingenuas le atraen más, causan su admiración como artistas y como mujeres. Imagínese las en ese tipo femenino

de «La mujer X», y comprenderá lo difícil que le sería a cualquiera de ellas encarnar un personaje así y, en consecuencia, la validez del triunfo de María Fernanda Ladrón de Guevara como intérprete de dicho personaje.

Hace unos días que la bella actriz y su esposo, el actor Rafael Rivelles, que también ha «pegado fuerte» en el cinema, estuvieron en Barcelona.

No pudimos hablar con ella, que tuvo la gentileza de darnos por teléfono su saludo de llegada, por hallarse ausente del hotel en que se hospedara en el momento de llegar nosotros, pero sí nos fué posible charlar un rato con Rafael Rivelles.

Sus impresiones de Hollywood, por lo que respecta a la producción en español, sobre todo, son interesantes.

El notable actor nos habló del desconoci-



SI FRECUENTA
USTED
LOS BAILES

No olvide que su
mejor amigo es el

**DEPILATORIO
ROSINA**

Eficaz e inofensivo.
Ptas. 3'00

En todas las Perfumerías
Depósito: UNITAS, S. A.
Librería, 23 - Barcelona

miento que se tiene en Norteamérica de nuestro país, coincidiendo en esto con las manifestaciones que nos habían hecho anteriormente Rosita Moreno y otros artistas hispanos que han pasado por los estudios de California.

Nos elogió la organización de los talleres cinematográficos de Hollywood.

—Es maravilloso como allí se trabaja—nos dijo—. En dos horas montan dentro del estudio una selva con árboles centenarios y todo, y la ilusión de ambiente es perfecta. Recuerdo—añadió Rivelles—un balneario marítimo, construido en el estudio, en el que nos hallábamos rodeados de barcos.

Luego se refirió al talento de Van Dyke, el director de «Trader Horn», al dominio que tienen de su arte los maquilladores. Y a propósito de esto, relató el hecho siguiente:

—El maquillador que tuvo Lon Chaney me mostró un retrato de este malogrado artista, con un rostro tan horrendamente transformado, que llegó a obsesionarme. Le dije que me gustaría que me hiciese una cara así, y aquella misma tarde, después de maquillar a John Gilbert, fué a mi camerino y me hizo una caracterización idéntica a la que Lon Chaney tiene en aquel retrato que a mí me admiraba.

—¿Cuántos días emplean en realizar un film en español?—preguntamos a Rivelles antes de dar por terminada nuestra breve entrevista.

—Muy pocos, porque ya le he dicho que la organización en los talleres es perfecta. Como detalle le diré a usted que «El proceso de Mary Dugan» se hizo en once días.

Esto nos dijo Rafael Rivelles.

FERNANDO DE OSSORIO



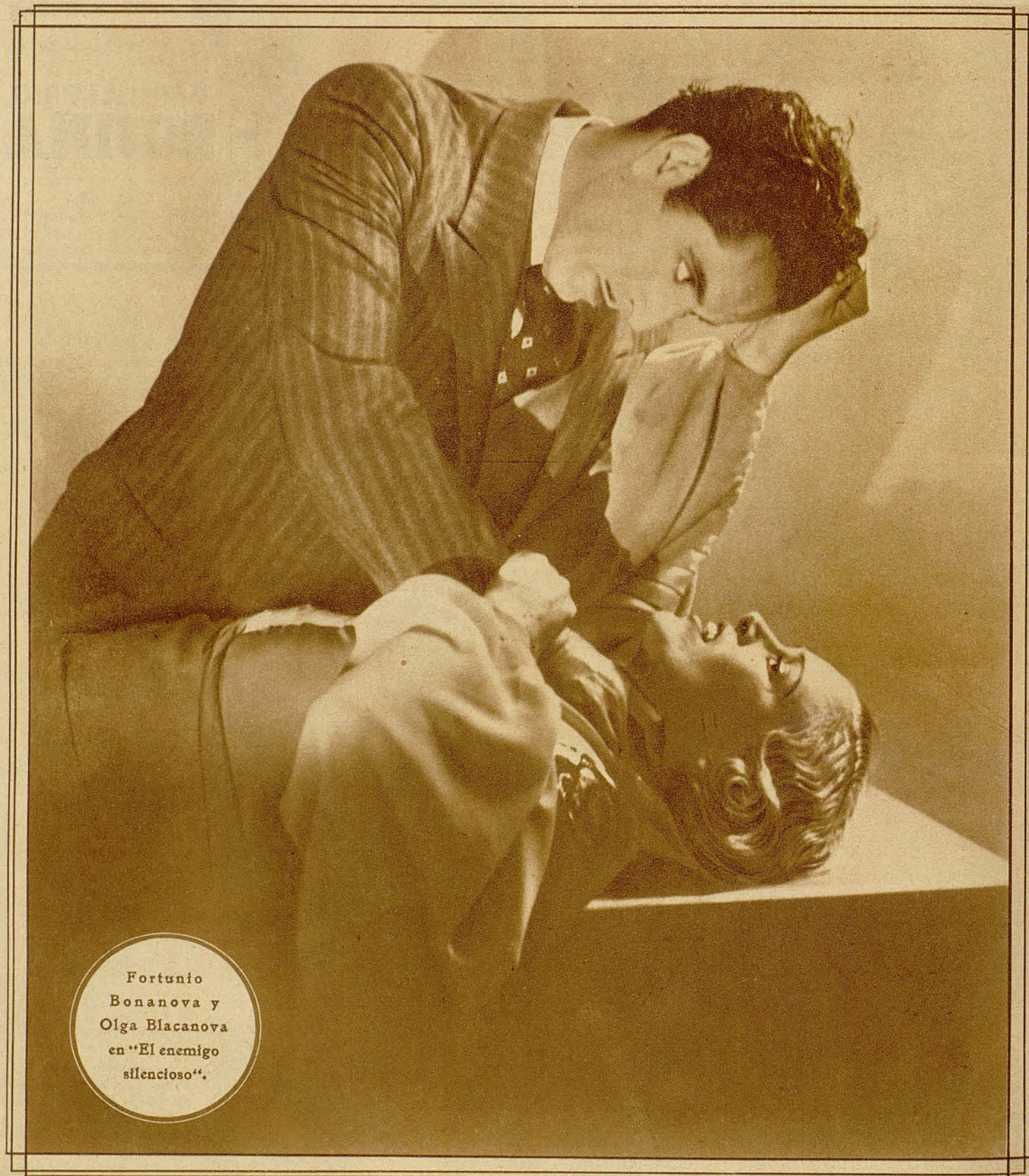
FORTUNIO BONANOVA EN HOLLYWOOD

CUANDO el cine hispano parece que agoniza, tal vez por falta de un Valentino que atrajese a las multitudes y despertase el dormido entusiasmo, surgió en Los Angeles, sobre la escena inglesa del Belasco Theatre, un gran artista español, Fortunio

dramáticas interpretando sendos personajes de máxima virilidad, plenos de arrolladora pujanza e impulsos avasallantes.

Ante el triunfal artista los productores cinematográficos se disputan a este dinámico intérprete de intensas pasiones sensuales, de

Los contratos cinefónicos que ahora le ofrecen son tentadores, casi irresistibles. Y está el cine tan necesitado de un galán como él, que es joven, apuesto, distinguido y, «además», al mismo tiempo que gran actor, un excepcional cantante de puro y bello tono, en ar-



Fortunio
Bonanova y
Olga Blacanova
en "El enemigo
silencioso".

Bonanova, que ya en Nueva York, como en Chicago, deslumbrara a los públicos norteamericanos con su arte genial de intérprete soberano e insólito. En «Dishonored Lady» («La dama deshonest»), con Catherine Cornell, primero, y en «Silent Witness» (El testigo silencioso), con Olga Baclanova, después, Fortunio Bonanova llegó a las cúspides

relinadas e hirientes ironías, de juveniles entusiasmos cautivadores... Pero, enamorado del teatro, es muy difícil que Fortunio Bonanova renuncie a sus éxitos, cada día mayores sobre la escena, para consagrarse, aunque sólo sea momentáneamente al cine, donde, como en aquél, tendría la doble oportunidad del trabajo en inglés y en español.

plio caudal y agudas notas de impecable gusto. Un actor profundo y múltiple, de extraordinario magnetismo, con dominadora personalidad, que está paseando por el mundo, como heraldo de gloria, el espíritu artístico de nuestra raza.

Y esto es el mejor símbolo de perfección para la creación del arte cinético.

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

COLISEUM: "TABÚ" Y SU REALIZADOR

CUANDO la potente industria americana viendo amenazada su prosperidad, por la falta de demanda que se observaba de sus films, duplicaba sus esfuerzos para contrarrestar la crisis aportando al cine nuevos elementos, que como el sonido, produjeran una reacción favorable, Murnau demostraba con «Amanecer» que el cine mudo podía y debía seguir triunfando, pero a condición de que fuese tratado como un arte y no como una rutina.

Los productores americanos después de haber agotado las películas de episodios, reincidían invariablemente sobre los manidos temas de cow-boys, gangsters, divorcios, guerra europea y chicas a la moderna. Y es que para dar abasto a la capacidad productiva de su industria les era necesario producir en serie. Las exigencias del negocio hacen olvidar el noble fin del arte y fuerzan a explotar los sentimientos de la muchedumbre, a seguir la corriente a los públicos y a adular sus gustos y extravagancias.

Por el contrario, Murnau prescinde de todo lo que puede apartar el film de los derroteros del arte, sin dejarse influenciar por las preocupaciones del ambiente, porque el artista al desempeñar su alta función renovadora se sobrepone al modo de ser de la masa, y donde el positivista no ve más que las propiedades de la materia, halla el artista una fuente inagotable de dulces sentimientos.

Murnau en «Amanecer» consiguió por vez primera en la historia del cine, desarrollar en la pantalla un argumento, amplio, intensísimo, de acción plástica, con sólo intercalar media docena de títulos explicativos.

El artista parte de la concepción de que el cine es la más completa de las artes plásticas, puesto que a su propiedad de reproducir fielmente las bellezas de la naturaleza, une la del movimiento de las imágenes. Y de esta concepción nace el que podemos llamar cine estético, al que corresponde también «Tabú», la producción póstuma de Murnau, estrenada últimamente.

En «Tabú» queda demostrada más eficazmente la gran diferencia, ya apuntada al principio, que existe entre el cine comercial y el cine artístico, pues mientras el primero invierte la estructuración cinematográfica de la acción por el diálogo, buscando sólo en la palabra y los sonidos la novedad, que convierte en abuso como aliciente de taquilla—, el úl-

timo sólo acumula los recursos que puede subordinar a los suyos propios, para una más amplia y perfecta manifestación artística.

En «Tabú» Murnau evoca un poema de imágenes en el que vemos expresada la belleza de la vida, una vida exótica, real, sencilla, exenta en el fondo de egoísmos y malas pasiones.

La imaginación del poeta halla marco adecuado para su poema en unas islas de la Polinesia, un paraíso de encanto, donde la exuberancia y riqueza de la vegetación tropical, con sus bosques de palmeras gigantes, sus árboles repletos de sazonados frutos y la hermosura del follaje, ofrecen un vivo contraste con la arena de sus playas blanquecinas que parecen surgir del océano, rizando sus olas el escollo de los arrecifes de coral.

¡Cuánta poesía hay en esos paisajes! ¡Qué maravillosa perspectiva plástica ofrecen en el lienzo bajo la elocución poética del gran animador!

Y es en este ambiente donde surge impetuoso un amor patético. Matahi y Reri, los protagonistas del film se aman. Él es un mozo fuerte, atlético, de formas perfectas, estilizadas, que prestan a su cuerpo bronceado la belleza de un dios heleno. Ella, un portento de ingenuidad y recatada gracia. Transcurre el idilio entre canciones y juegos, bajo artísticas cascadas naturales, gritos, miradas y sonrisas de dulce y penetrante expresión. Y todo de un primitivismo tan encantador, de una perspectiva plástica tan sugestiva que nos sugiere un canto de exaltación a la belleza.

Pero Reri es consagrada Tabú, la institución sagrada que el fetichismo indígena ha creado. Quebrantar el tabú significa la muerte. Las miradas de amor y de deseo no pueden posarse ya sobre la elegida. Pero la ley de la naturaleza es más fuerte que las leyes de los dioses. Ella ha arborado en los corazones de los jóvenes amantes la pasión que todos los prejuicios no pueden apagar. Su amor prohibido es doblemente deseado.

Y el drama surge, sencillo, rebotante de ternura que conmueve nuestro sentimentalismo por el plan de simpatía en que Murnau ha sabido colocar ambos personajes. Al final, la idolatría lo convierte en tragedia separando para siempre aquellas almas sencillas que no pudieron sustraerse al fanatismo de los suyos.

Es un final evocador, digno corolario de la riqueza espiritual que satura todo el film: Un velero se desliza raudamente sobre la capa azul que extiende el mar. El héroe, sobre las olas, lo persigue con ritmo acelerado. Barreras corallíferas emergen del Océano y el cuerpo bronceado del infeliz amante avanza, corre, salta, se sumerge... El viento impulsa la embarcación esquivando. Cada sople separa más y más a la infeliz pareja. Tiñe de rojo la luz crepuscular el desierto horizonte. Preludio de tragedia. Sobre la inmensidad del rojizo elemento, se agita un hombre en lucha agotadora con la naturaleza, que vence, fatalmente. Su cuerpo ya no avanza, flota unos momentos, después desaparece...

Estas escenas representan el triunfo definitivo de la potencia creadora de Murnau.

El cine no ha producido momentos de mayor intensidad dramática y artística a la vez.

«Tabú» consta de dos partes—Paraíso, y Paraíso perdido—. La primera nos parece bastante superior a la segunda, excepción hecha de las últimas escenas. La música, rica en matices y muy bien orquestada, se amolda en cada momento al ritmo del poema.

La riqueza artística y documental de «Tabú» es su valor máximo. Murnau ha idealizado en la pantalla un mundo inédito para nosotros. No un mundo ficticio o un convencionalismo más del cine, sino un mundo real, pero diferente al nuestro. Y lo vemos representado a través de su idiosincrasia y de sus costumbres; mostrando al desnudo el alma sencilla

de una raza exótica impregnada de primitivismos. Y todo dentro de una concepción de arte puro.

Para los buenos aficionados, para los que buscamos en el cine algo más que un pasatiempo intrascendente y frívolo, «Tabú» es el mejor legado que el malogrado Murnau pudo soñar.

J. ESTEVE

Tivoli: "Trader Horn"

VAN DYKE, el célebre director de la M. G. M., ha recogido en este film los aspectos más interesantes de la vida en las selvas africanas.

«Trader Horn» es como el resumen de todas las películas de este carácter. De este dato puede juzgarse su interés y los aciertos del realizador.

Como el éxito de este film prolongará su duración en el cartel del Tivoli, la próxima semana le dedicaremos el espacio que se merece y que por exigencias de ajuste de este número no le podemos dedicar.

Pero hemos de remarcar ahora, que «Trader Horn» es, dentro de su tipo de film, lo más interesante y densamente dramático que se ha presentado hasta ahora en nuestras pantallas.

Capitol: "Fermín Galán"

SE ha tenido el acierto de presentar este film el día del aniversario del fusilamiento del héroe más destacado de la revolución española y del de su compañero de armas, el capitán García Hernández.

Tiene tanta importancia histórica la figura llevada a la pantalla, es tan escasa la producción nacional, y queda tan poco espacio en esta plana de última hora, que todo ello nos decide a aplazar para el número próximo el comentario crítico de esta cinta de la U. C. E., de Madrid.

No queremos salir del paso con una apostilla frívola, ya que el asunto y la significación del film requiere, por nuestra parte, la máxima atención y ecuanimidad.

Chucherías

MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEYARA, es amante de todas las chucherías. Sobre la mesita de su camerino pueden verse las cosas más insignificantes y más lindas, por ejemplo: el ratón «Mickey», el gato «Félix», una rana de plata, un elefante de marfil, una mano de azabache, un Buda, una cajita de nácar, un mono de cera, un impenetrable tejido con pelo de elefante, etc.

Las preocupaciones desaparecen con el uso del apósito

MADAMEX



El más cómodo de llevar

El más fácil de tirar

Pesetas 3,50 caja

VÉNDESE EN TODAS PARTES



INFORMACIONES

PERFILES ESPAÑOLES

OFELIA ALVAREZ

La encontré en el jardín de los estudios, sentada junto al «set», y con un libro en la mano. Bajo la sonrisa luminosa del sol en aquella mañana de octubre, su cabellera blanca manchada de oro viejo, parecía más rubia que de costumbre:

—¿Qué lee usted?—la dije temiendo pecar de indiscreto.

Ella clavó en los míos sus bellísimos ojos verdes que esconden toda la tristeza del mar en calma; el clavel rojo de sus labios finos y bien dibujados se deshojó en una sonrisa dulce, acariciadora y llena de ingenuidad como las princesitas románticas de Prud'hon, contestó, dulcemente:

—Versos.

—¿La amada inmóvil?

—Sí. Es interesante Amado Nervo, ¿verdad?

—Mucho...

Callamos. En mis oídos jugueteaba aún la música agradable de sus últimas palabras. La invito a dar un paseo bajo la fronda, por aquellos caminitos simpáticos, llenos de arena, que simulan el principio de una ruta sin fin bordeada de árboles corpulentos. Y aceptó encantada, advirtiéndome que sólo unos minutos más continuaría a mi lado, porque la reclamaban del «set».

—¿No ha sentido usted tristeza al abandonar su compañía?

—Muchísima, pero a la vez una satisfacción muy grande.

—¿Es que le gusta hacer cine?

—Me entusiasma. Puedo decirle que es el loco sueño de toda mi vida...

—¿Qué obra hasta hoy la ha proporcionado más éxito?

—«Una aventura diplomática». Imito a Chevalier y me aplauden bastante.

—¿A qué autores interpretó con más cariño?

—A Benavente, Marquina, Margarita Nelken y Suárez de Deza.

—¿Y cómo ha sido para dedicarse al cine?

—Regresé a Madrid de una «tournée» por

provincias y encontré a Benito Perojo que me ofreció un rôle y un contrato para hacer «Niebla», película que como usted sabe dirige él aquí bajo la marca Osso.

—¿Qué hace usted en las horas de descanso?

—Leo muchísimo. La literatura es una de mis aficiones favoritas.

—¿Cómo ha de ser el tipo de hombre con quien usted piensa casarse?

—Un hombre.

—¿Recuerda algo gracioso de su vida teatral?

—Un día haciendo «La escuela de las princesas», sin darme cuenta, pasé por el foro con un suéter y una peluca en la mano, diciendo a voces: ¡Qué bien se ve al público, desde aquí! El éxito fué inmenso y el escándalo que armaron después... terrible.

Ofelia Alvarez recibió un recado del «set» y tuve que decirle adiós con mucho sentimiento, porque me encantaba mirarme en el espejo ideal de sus ojos verdes.

M. A.

Un juicio de Rusiñol sobre Catalina Bárcena

SANTIAGO RUSIÑOL, el ilustre y múltiple artista ha poco fallecido, era uno de los más fervientes admiradores y uno de los amigos más sinceros de la eximia actriz Catalina Bárcena, protagonista de «Mamá», la adaptación cinematográfica de la famosa obra teatral de Gregorio Martínez Sierra, realizada por la Fox.

En cierta ocasión en que un periodista preguntó a don Santiago Rusiñol su opinión sobre la Bárcena, contestó:

«Es imposible hablar de la gentilísima Catalina Bárcena sin que se abran las puertas de la simpatía. La Bárcena es una gran actriz, que antes de apoderarse de nuestro entendimiento, ya nos ha robado la voluntad. Cuando sale a escena, se deja dictar por el instinto maravilloso y puede decirse que no es ella la que va a buscar al personaje; el personaje es ella misma, revestida de toda la artificialidad y toda la naturalidad que tiene siempre la vida misma. Y porque es vida, y nada más que vida, su arte, tiene tantas cuerdas su arpa

y puede hacer todos los arpeggios que le dicten los sentimientos más diferentes. Desde la nota más fresca del reír, al dolor más intenso del alma, puede recorrer toda la escala del sentimiento. Bien pocas como ella poseen el don de lágrimas, hasta el punto de conmover con el solo sonido de su voz de afinación perfecta y con el estallido de su alegría, que mana fresca como agua de nieve. Si la voz humana se graduase como las notas del pentágrama diríamos que la tiene en clave de corazón.»

El cine es gran cliente de la industria textil

Uno de los mejores clientes con que cuenta la industria textil es el estudio cinematográfico. Sólo en Hollywood se consumen miles y miles de metros de telas de todas clases. Parte de ellas, como va se comprende, son para los trajes de las artistas. Pero aunque parezca raro, no es a ese fin al que se destina la mayor parte de la tela que se corta en Hollywood.

Tomemos por vía de ilustración una película y sea ésta «Girls About Town» de la Paramount. Kay Francis y Lilyan Tashman usan en ella unos quince trajes. Para éstos y los del resto del personal femenino de la película se necesitaron metros y metros de diversas telas. Con todo en «Girls About Town» como en casi todas las películas, el mayor consumo de tejidos no estuvo representado por el que se hizo de ellos para el guardarropa, sino para otros fines.

La gasa tiene variadas aplicaciones en manos del fotógrafo. Bien ajustada en marcos de cuadros o ventanas sirve para disminuir la intensidad de la luz.

La seda, tratada con aceite, se usa para suavizar la luz.

En algunas escenas tomadas a bordo de un yate, se colocó en la cubierta de éste un basidor de regulares dimensiones en el cual se había extendido gasa. Esto con el objeto de poder captar mejor los efectos de luz en el agua y en las nubes.

Retorno de Billie a la pantalla

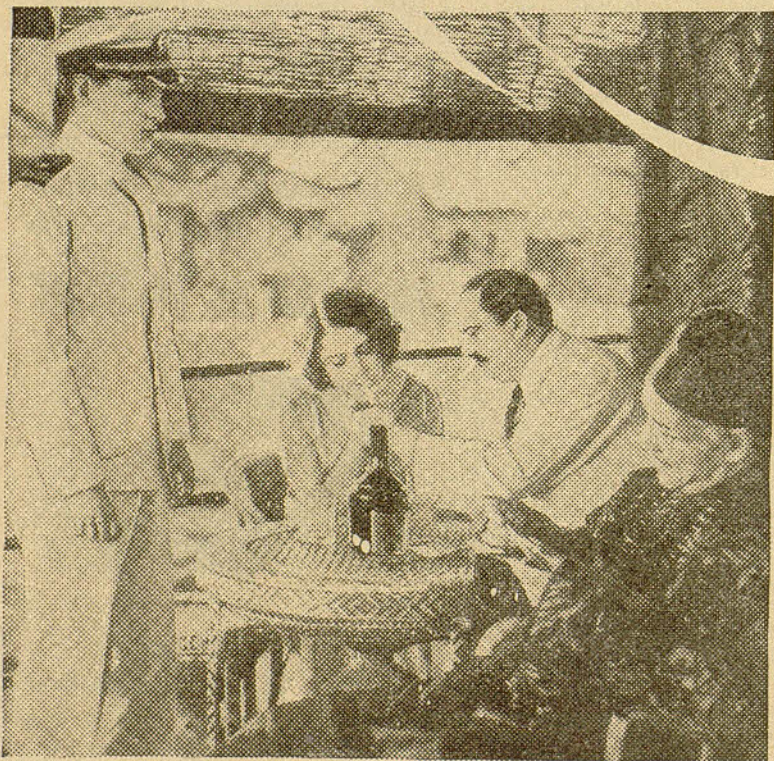
BILLIE DOVE, que efectúa un triunfal retorno a la pantalla en «La edad de amar», el film de los Artistas Asociados, se ha convertido en una ardiente partidaria de la aviación. Llega inclusive a pilotar su propio aparato, y ha sido incluida por Howard Hughes, que la tiene contratada, en el reparto de una película aérea.

En «La edad de amar», que presenta a la famosa belleza de la pantalla en su mejor papel, podremos admirar «una nueva Billie Dove», una más brillante personalidad artística, una estrella recreada bajo el estímulo de un argumento superior y de una dirección perfecta, dignos uno y otra de su encanto y talento.

Secundan a Billie Dove, el simpático galán Charles Starrett, Lois Wilson, Edward Everett Horton y Mary Duncan.

Hace falta un ascensor

UNA de las escenas de «Niebla», representaba la escalera del domicilio de Colbec, comandante de marina. Rafael Rivelles que interpreta este papel, tenía que subir y bajar dicha escalera repetidas veces, hasta que el «metteur en scène» y el ingeniero del sonido dieran el Visto Bueno. Así lo hizo, pero el del sonido callaba, callaba, y era necesario continuar rodando el mismo momento. Rafael no tenía la culpa de aquellas repeticiones porque su trabajo era perfecto. Pero el realizador quiso saber la causa de la molestia al protagonista y en un rincón del «set» descubrió un juguete mecánico en cuyo interior sonaba una caja de música, mientras Rivelles gritaba indignado: ¡Ya podían haber puesto un ascensor!



MARIA LADRON de GUEVARA, ALFREDO del DIESTRO y TETSU KOMA en «LA MUJER X»

Una escena de «La mujer X», película de la M.G.M., hablada en español, que está constituyendo un suceso cinematográfico dentro de la temporada actual, no sólo por la emoción de su argumento, sino por la labor personal que en ella realiza la actriz española, María Fernanda Ladron de Guevara.

MIA PORQUE SI

Protagonistas: Gary Cooper y Carole Lombard. — Narración de Luis del Valle

(Conclusión)

labios de mujer alguna—suelta juiciosamente Tom casi a boca cerrada. —Todas son igual.

—¿Y usted? Como buena muchacha moderna, a buen seguro tendrá enamorados a puñados.

—Sí, tengo «algunos»—confirma disciplente Kay, como si el asunto no mereciese gran importancia.

—¿Algunos? Por lo que he oído decir, su padre la mandó para acá porque no se entendía muy bien con su novio.

—Ah, sí, mi novio... Casi, casi que me había olvidado de él—responde Kay alzando la vista a los ojos de Tom.

—Entonces... ¿no habrá casamiento?—continúa el vaquero como quien no tiene palabras para dar un curso distinto a la conversación.

—Yo soy muy inconstante, Tom. Por eso no me quiero casar. Herbert me adora, es cierto, pero nunca le tuve gran cariño. El vive pensando en nuestro próximo enlace, mientras que yo... dudo que éste se realice nunca. Desde que estoy en la hacienda... desde entonces que...

Adrede, sabía en las artes de provocar interés, Kay deja la frase en el aire. Tom, más ingenuo, levanta sin darse cuenta el cartel de desafío...

—Desde que está en la hacienda... ¿qué?

—Aquí fué que descubrí que mi amor por Herbert no estaba arraigado muy hondo, que en realidad mi sentimiento por él no podía calificarse como tal. Voy a ser franca con usted, Tom; me encanta la vida bucólica de estos campos, estas soledades inmensas que dentro de su majestuoso silencio parecen decirle a una tantísimas cosas bellas, nuestros paseos, en fin... todo—, y entregándose de pronto a los fuertes brazos del vaquero, mimosa pregunta: —Y usted, ¿no se siente también más feliz «ahora»?

—¿Alza la voz! no entiendo una palabra de cuanto dices—. Es el padre de Kay el que de tal modo vocifera en el teléfono. Su hija le está hablando a larga distancia, y el buen señor no puede entender lo que ella trata de explicarle.

—A ver si usted entiende lo que dice mi hija, Phillip—, increpa irritado Dowling, alargando el instrumento a su criado de confianza.

—Habla Phillip, miss Kay. Diga usted..., un poco más alto, haga el favor, no entiendo muy bien.

—¿No está de broma la señorita? ¿De veras?—, y volviendo la cabeza, explica al impaciente padre:

—Miss Dowling acaba de casarse, señor!

—Su señor padre pregunta con quién, miss Dowling...

—Sí, señorita, entiendo—, y encarándose con el padre de la atolondrada muchacha interrumpe Phillip: —Dice que con un tal MacNeri, vaquero de la hacienda.

—Pues dile que la desheredo, ¡y que no se atreva jamás a poner sus pies en esta casa!—saliendo atropelladamente de su boca palabras explosivas clama el airado Dowling.

Ha pasado un año. Es el día de Navidad y en torno de la mezquina vivienda donde Tom y Kay se alojan reina la desolación aplastante de las pesadas heladas de invierno. Para ella, acostumbrada a la vida alegre y libre de muchacha de buena posición, esa vida en una ruin cabaña de troncos de árboles, destartada, cuya sola habitación sirve a la vez de sala, dormitorio, cocina y cuarto de baño, aturdida por el pesado trabajo a que no está acostumbrada, falta por completo de contacto social, no ha podido por menos de mellar sus sentimientos hacia Tom.

Una fuerza irresistible parece llamarla a abandonarlo todo, a ir a su padre para confesarle el error que ella cometió. Con dolor contempla sus manos callosas, las manos que más de un guapo mozo comparara a blancos pétalos de lirio. La vetusta cabaña, el silencio aterrador de la inmensa planicie helada, el recuerdo de los alegres y bellos días pasados con sus amigos de la ciudad, la realización de lo monótona que es su existencia ahora, todo parece girar por su cerebro y explotar en él al unísono trayéndola congoja y desesperación.

¿Si todavía hubiese la esperanza de que esa encarceración no durase muchos años!

Llega Tom del villorrio, donde fué a comprar pienso para el ganado, el pequeño número de reses en que cifra toda su esperanza para el porvenir. Trae una carta que se recibió para Kay.

La esposa de MacNeri rasga el sobre con verdadera ansia de devorar su contenido. La misiva es de Bessie, su amante y buena Bessie: «Tu padre persiste en la locura de no querer saber nada de ti. No te apenes por ello, poco he de valer yo si pronto, muy pronto, no logro que cambie de pensar... Deseo que tú y tu marido paséis felices Navidades...»

Aquella última frase deja sus ojos inundados de lágrimas. «¡Felices Navidades!» ¿Qué felicidad puede encontrar ella entre esas cuatro paredes, en esta cabaña que casi se está cayendo bajo el peso de la nieve que la cubre, lejos de todo bullicio, de toda alegría, donde la única música que se oye es la del mugir de las reses que tiritan de frío y cuyo hedor insostenible puede sentirse a través del delgado y mal ajustado tabique que divide la vivienda del corral?

Kay se resuelve, tiene que hacerlo, se volvería loca si permaneciese por mucho más

tiempo bajo tanta opresión. Se vuelve bruscamente hacia su marido:

—Tengo que partir, Tom.

—¿Adónde, Kay?—pregunta sorprendido su esposo.

—A casa... es menester que vea a mi padre... está enfermo y me quiere tener a su lado.

Tom aprueba y se conforma con la resolución de su esposa. A la semana siguiente, después de haber conseguido, con mucha dificultad, suficiente dinero para el viaje de Kay a la ciudad, la acompaña amoroso a la estación del ferrocarril. Se despide Kay de su marido afectando siempre un gran amor por él y prometiéndole regresar muy pronto... El tren parte, y al borde de la vía queda Tom saludando con su sombrero hasta que la imagen del vagón posterior se esfuma allá en la lejanía, dejando en el solitario paraje un hombre sencillo y franco que mentalmente hace votos para que la ausencia de la amada no sea larga...

Ya en su casa, hechas las paces con su padre, Kay vuelve otra vez a la vida de antiguo, la vida lujosa de la gente de mundo, de pasatiempos para la distracción del momento, té, partidas de balompié, regatas... Herbert no deja su lado un instante, no se cansa de repetirla que debe divorciarse de Tom para casarse con él.

Mientras tanto, Tom, después de haber recibido una carta de su mujer en la que ella confiesa que será mejor separarse, vende por una bicoca el rancho que tantas angustias causara a la joven pareja, y todavía esperanzado recobrar el amor perdido consigue obtener empleo de caballista en un circo que está dando la vuelta al país. Al cabo de pocas semanas llega la ambulante tropa a la ciudad donde vive Kay. De la casi estepa de su tierra natal entra Tom de pleno en la selva de rascacielos que tiene a su amada presa con sus mentidas alegrías.

En la tarde placentera, estando Kay con toda su familia y Herbert, llega Tom a casa de su desdenoso suegro. Kay no puede ocultar su asombro al enfrentarse tan inopinadamente con su marido.

—Pero, Tom, si yo ya te escribí explicando la situación...

—Ya sé, Kay, ya sé. Sólo vengo a decirte que te amo igual que antes. Si tú te has cansado de mí, naturalmente todo ha concluido entre nosotros, más, Kay, ¿no crees que podrías ser feliz conmigo si fuésemos a vivir en algún otro sitio en lugar de aquel apartado rancho? Si tu prefieres el divorcio, yo no me opondré. Tú eres la única a decidir. Sólo te pido que esta vez seas del todo franca conmigo.

Kay, pensativa, vacilante, duda un momento, para responder pronto:

—No, Tom; mejor será que nos separemos ahora. Nuestro casamiento fué una locura. Yo te quiero, Tom, pero para el bienestar de los dos es preferible que cada uno viva su vida, tal cual la entiende.

A trago amargo saben estas palabras a Tom, pero siempre fuerte, se muestra resignado y se despide de Kay.

—Respetable público! Vais ahora a contemplar las proezas del caballista más famoso del mundo—Tom MacNeri, el campeón de todos los caballistas de la tierra...

Se corre la cortina que da entrada a la arena del circo, y a la cabeza de vociferante grupo de hombres montados a caballo galopa Tom hacia el centro del círculo. Poco pensaba él que en aquel mismo instante, Kay, arrepentida de su decisión, aguardábale ansiosa sentada en una caja de madera, fuera de la gran tienda, para al salir Tom echarse a sus brazos, amante y arrepentida...

FIN



AL COMPÁS DE LAS HORAS

Exclusiva de Cinematográfica Almirá, S. A. — Ediciones Bistagne

En la vida todas las horas tienen su emoción. El placer, el dolor, el triunfo y la derrota se suceden, hora tras hora, implacablemente.

París esperaba la aparición de un nuevo tenor, el artista André Frenoy, que aquella misma noche debía debutar en uno de los principales teatros de la capital.

Por fin, tras una vida de lucha, de combate, el nuevo cantante pensaba saborear las mieles de un definitivo triunfo. Y en su amoroso estudio de Montmartre, al lado de su mujer y de su hija, ensayaba de nuevo a potencia de su voz que esperaba no iba a fallarle en la prueba difícil del debut.

—¡Canta otra cosa, papá!—le interrumpió su hija, una nena de seis años en cuyo corazón parecía ya vibrar un sentimiento de arte—. ¡Eso no es muy divertido!

—¡Lillette! ¡Déjale que trabaje!—le advirtió la madre—. Ha de ensayar aún unas notas muy altas... ¡Hoy no puede perder tiempo en cancioncillas!... ¡Esta noche será una cosa seria!

La nena, a quien más que los trozos de ópera gustaban las músicas populares, de factura sentimental, se retiró a un rincón y dejó que papá prosiguiera su ensayo.

Su garganta era privilegiada y magnífica, llegaban en armoniosa y gradual escala a las más altas notas... La casa pareció vibrar con una nota de la, sostenida y dramática.

—¡Precioso, André!—le dijo su esposa.

—Quiero un beso en premio de este la.

—¡Tómalo! ¡Te lo mereces!

Se besaron amorosamente, con encantadora ternura como en sus primeros tiempos de matrimonio. Su amor se mantenía inmarcescible, lleno de sereno encanto.

Varias veces repitió André su nota que su esposa premiaba con cálidos besos en los labios.

La pequeña Lillette, sonriente y picaresca, viendo que mamá interrumpía a papá en su labor, exclamó:

—¡Mamá! ¡Deja trabajar a papá!... ¡Tú misma lo has dicho! ¡Esta noche será una cosa seria!

—¡Tienes razón, Lillette!... ¡Sí, salgamos de aquí! ¡Papá ha de completar su estudio!

Y dejaron al amado artista ante el piano a que continuara vertiendo su voz de oro, a la que todos os inteligentes auguraban un éxito formidable.

Ivette, la esposa, se dirigió a la salita donde estaba instalado el teléfono. Llamó a sus padres, los señores de Merry, acaudalado matrimonio de comerciantes, que eran poco amigos del futuro divo y que jamás habían visto con buenos ojos aquella boda celebrada sin otra conveniencia que la de un inmenso amor.

El señor Merry era uno de los reyes de la industria que media a los hombres por lo que tenían. Jamás había dado importancia alguna a los hombres de teatro y sentía por su yerno un desdén mezclado con insulante piedad.

A la señora Merry, a pesar de ostentar ya desde hacía algunos años la categoría de abuela, no gustaba que la nombrase Lillette con ese nombre y ésta la llamaba simplemente «Mamá Francine».

Tenía cerca de cincuenta años, pero se defendía bien de los estragos del tiempo, gracias a la colaboración de la química con su inagotable reserva de fórmulas de belleza.

Ivette se puso al aparato y después de enterarse de la salud de sus padres, hizo telefonar a Lillette para que dijese unas frases amables a la abuelita.

Cumplido este agradable deber, Ivette volvió a reanudar la conversación.

—Mamá, os reservo un palco para esta noche... Es preciso que vengaís. André hace de «Fígaro» en *El Barbero de Sevilla*.

—¡No sé si podré ir!—dijo la madre, contrariada—. Tu padre tiene muchas ocupaciones... Ya veremos.

—¡No faltéis!... Me darías un disgusto si no os viene.

—¡Haremos lo posible.

—¡Adiós, mamá!

—Que te conserves, Ivette.

La señora Merry comunicó a su marido la pretensión de Ivette.

—¡Yo ir a escuchar a ese comichuco?... ¡Jamás!—contestó con altanería.

—¡Ivette lo ha pedido con tanta insistencia!

—¡No... no! ¡A lo mejor fracasa y qué ridículo para todos!... Además es poco serio eso de ver a un individuo de nuestra familia en las tablas.

—Deberíamos hacerlo por Ivette.

El severo comerciante se negó a ello, permitiendo únicamente que fuera su esposa. El no quería dar a André tanto honor.

Ivette comunicó a su marido que acaso papá y mamá fuesen al teatro.

—¡Hiciste mal en invitarlos!—dijo Frenoy, tristemente—. ¡Quieres que vayan a escucharme y no me pueden ver!

—¡Eso son manías tuyas, André!

—Me he convencido de ello. Nunca comprenderán como tú, la heredera de los Merry Valcour, pudo enamorarse de un pobre André Frenoy, de un muchacho sin otra fortuna que la de su arte, que la de sus aspiraciones.

—Ya cambiarán de opinión con tu éxito... ¡Porque esta noche vencerás!

—¡Es verdad! ¡Venceré! ¡Venceremos! ¡Seremos ricos!... ¡Compraré un coche para los dos!

Se entusiasma con la alegría un poco infantil de todos los artistas. Se veía dueño y señor de una poderosa fortuna. Besaba con ternura a su mujer, compañera inseparable que le había ayudado en las horas de lucha y de agobio e iba a presenciar ahora su apoteosis de gloria.

La dulce Lillette advirtió cariñosamente:

—¡Papá, ya que no trabajas, podrías cantarme una canción!

—¡Muñequita! Una canción, aquella canción de cuna que muchas veces te he cantado para que te fueras a dormir, ¿eh? ¡Oyela bien!

Y acompañándose del piano cantó una bella e insuperable melodía, que puso lagrimas en los ojos de la nena y en los del artista e Ivette la llama de la emoción.

Pero, ¡para qué canciones melancólicas, llenas de nostalgia! ¡Hoy todo debía ser alegría, risa, luz!... Y su garganta emitió los sonidos de un alegre himno de triunfo que parecía saludar la gloria del futuro vencedor.

El teatro estaba lleno. Iba a debutar un tenor que venía precedido de gran fama. Se representaba *El Barbero de Sevilla*.

Ivette y su hija ocupaban un palco. Las dos estaban nerviosas, pero una secreta esperanza les hacía fiar en el éxito... Pocos momentos antes de comenzar la función, llegó la señora Merry, y su hija le agradeció mucho su presencia, aunque lamentando que papá no hubiera hecho lo mismo.

André Frenoy, sereno como nunca, se estaba arreglando en su camarín. Un hombre calvo, gordo, de aspecto bondadoso, era el encargado de pintarle, de arreglar su vestido, como una especie de ayuda de cámara.

—¡Animo, señor Frenoy, el éxito es seguro!—le decía.

—¡Quién sabe!

—¡No tenga miedo!

—¡Miedo?... ¡No lo conozco, Miguel!

—El lleno es completo...

—¡Mejor!

El ayuda de cámara acabó de arreglarle y le colocó



la clásica redcecilla que Fígaro debe lucir sobre el cabello.

—¡La redcecilla para que no vuelen los cabellos!—murmuró—. ¡Esto me habría convenido hace años!

Y señaló su cabeza monda en la que ni por casualidad aparecía la señal de un pelo.

—¡Yo era uno de los payasos Antonetti!—siguió diciendo tristemente—. Al engordar me despidieron... y alquilaban otro «hermano»... Y para no abandonar las tablas, adopté este oficio.

—¡Hizo usted bien!... Siempre esto es un recuerdo de ayer.

Sonaron los timbres. Iba a comenzar la representación de la famosa ópera de Rossini.

André miró por entre cortinajes y vio a su mujer que estaba hablando con la señora Merry. Le desagradó que hubiese venido su suegra, pero reaccionó rápidamente, sintiéndose dispuesto a cantar como nunca para que supiera aquella orgullosa señora qué clase de artista era su yerno.

Siempre le había despreciado, burlándose de la mediocridad en que se veían obligados a vivir. Pues bien, ahora todo cambiaba. Aquella función era de prueba, pero si triunfaba, un porvenir maravilloso se abriría ante él como un camino de inmortalidad.

Entretanto la señora Merry hablaba con su hija Ivette.

—Tu padre no ha querido venir. No he podido convencerle. Ya sabes la tirria que le tiene a tu marido.

—¡Y por qué?

—No puede acostumbrarse a verte casada con un pobre cantante.

—¡No tan pobre!

—Pues mira que hasta ahora...

—Sí, hasta ahora lo hemos pasado mal... Es cierto... Contratas absurdas, malas, de corta duración... Pero si hoy triunfa, cambiarán por completo las cosas. Verás cuánto dinero ganaremos.

—Así y todo creo que fué una tontería la de casarte.

—¡Le amaba!

—Eso es lo de menos... Se ama o se deja de amar según las conveniencias.

—No creía escuchar de ti tales teorías.

—Soy muy práctica, Ivette... ¡Tan feliz como hubieras sido con tu otro pretendiente, el señor de Mirsolles! Aun a veces pregunta por ti... Ese sí que es hombre rico... y luego con tan alta consideración social.

—No me gustaba... Si tú miras las cosas desde el punto de vista práctico sabes bien que yo siempre he sido romántica... ¡Y por romanticismo me casé!

—¡Niflerías!

Lillette estaba bien ajena a la conversación oteando con sus gemelos todos los lugares del teatro. ¡Oh, cuánto tardaba en salir!

Dió comienzo la ópera... La compañía era buena. Todos los artistas actuaron magistralmente... André Frenoy, en su papel de Fígaro, cantó con toda el alma, con una energía y un insuperable dominio de las tablas... Tuvo que repetir diferentes fragmentos entre ovaciones delirantes...

Venció. Después de tantos esfuerzos, era premiado con la consagración.

Toda la obra se mantuvo al mismo nivel de entusiasmo. Ivette y Lillette, emocionadas, rompíanse las manos de tanto aplaudir. En sus ojos había lágrimas. Cuando André desde el escenario saludaba las miraba a ellas con inmensa dicha.

La señora Merry se dejaba arrebatar a pesar de su antipatía, por ese ángel divino del arte que estrecha amistades, abate odios, derriba rencores para unir todo bajo su poder inmortal. Aplaudía mucho. En aquel momento no veía en André su yerno, sino al artista que le había hecho pasar con su voz horas inolvidables.

Terminado el espectáculo, Ivette y su hija corrieron a saludar, a abrazar al triunfador.

La señora Merry, reaccionando de su repetida debilidad, se negó a ir al escenario, pues era demasiado orgullosa para pisar esos lugares de cómicos. Bastante había hecho con aplaudir... Y marchó en su automóvil con el orgullo de quien se cree superior al mundo de la farándula.

Frenoy, hombre de sensibilidad exquisita, se hallaba enternecido... Abrazó y besó a su mujer, y a la hija de su amor. Estaba sudado, jadeante de emoción. Venía mucha gente a estrecharle la mano, a felicitarle, a hablarle de que nunca habían escuchado voz tan magnífica. ¡Y había podido permanecer aquel tesoro, aquel ruiseñor oculto sin cantar en la gran capital! ¡Oh, ahora los contratos iban a caer como una lluvia bendita!

El dueño del Gran Teatro llamó a André y lo llevó a un corredor que tenía una ventana entreabierta por donde pasaba el hábito frío de la noche.

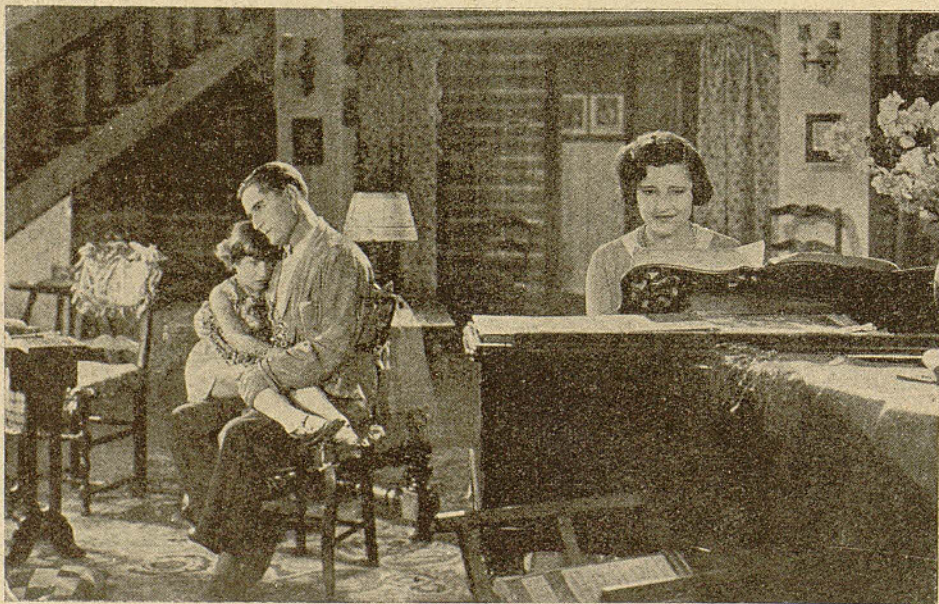
—¡Bien! ¡Muy bien!—le dijo—. ¡Una cosa estupenda!

Voy a proponerle a usted un contrato.

—Estoy a su disposición.

—Un contrato por tres años... Cantará en París y en provincias... Cinco mil francos al mes...

(Continuaré)



El extraño personaje copió primero el contrato de —Puede usted hacerlo—repuso la Venus. —Ahora, si ustedes me lo permiten, extenderé aquí los duplicados, para quedármelos, una vez que los hayan firmado. —Ahora, si ustedes me lo permiten, extenderé aquí decir: El visitante los firmó sin leerlos. Después volvió a —replegó Olga con ligero acento burlesco. —Completamente. Ahí tiene usted los dos contratos aquí. ¿Han decidido ustedes ya? —Hace exactamente sesenta minutos que estuve reloj en mano. Sonriendo, dijo: Efectivamente, el desconocido apareció en el dintel, transcurrido una hora. la puerta de su departamento las advirtió que había Siguiéron charlando, hasta que unos golpecitos sobre sia, y ese es todo mi mérito. —He vivido y pensado mucho en pocos años, Fre- tal y como tú lo has expuesto. rables. Ya no me cabe la menor duda de que todo es zonamientos son de una claridad y de una lógica admira- —Tienes una penetración asombrosa, Olga. Tus ra- Fresia repuso: el predominio el *bussinesman* al hombre galante. de un rasgo de galantería tan extremada. Porque en las cláusulas? No, amiga mía. El yanqui es incapaz un contrato, comprometiéndose a firmarlo sin conocer

J U A N D E E S P A Ñ A

L A V E N U S R O J A
Fresia y luego el de Olga. No se advirtió en su rostro la menor sorpresa. Únicamente advirtió: —Aquí no expresa usted el sueldo. —Lo dejó a su iniciativa—contestó la danzarina. —¿Lo fijamos en seis mil dólares semanales?—inquirió el yanqui. —Perfectamente—confirmó la rusa. Firmaron Olga y Fresia, y cuando el visitante se hubo guardado los contratos, habló así: —Acabo de realizar un negocio excelente. La Metro-Goldwyn-Mayer me dará una comisión importante por estos contratos. Muchas gracias. Saludó, inclinandose levemente, y salió del departamento.

J U A N D E E S P A Ñ A

ble para no prolongar indefinidamente aquella escena, que no dejaba de conmoverlas.

Vieron, ya en el andén, a su agente, que les comunicó las aguardaba el coche de Marion Davies, que les rogaba accedieran en aceptar el hospedaje que momentáneamente les ofrecía.

Olga y Fresia se dejaron conducir, francamente sorprendidas de aquel recibimiento y de la expectación que habían producido.

A lo largo de la carretera embreada de Los Angeles a Hollywood, las escoltaban más de doscientos automóviles.

Hicieron el trayecto en unos diez o doce minutos.

El auto paró ante una suntuosa villa que aparecía iluminada. Ráfagas de luz cruzaban el espacio. Los letreros luminosos decían:

«Bienvenida la Venus Roja».

Vera, la doncella, creía estar soñando.

Ignoraba aún que Olga y Fresia hubiesen ingresado en una compañía cinematográfica, y este recibimiento apoteósico no tenía ninguna explicación para ella.

El jardín de la villa estaba profusamente alumbrado con farolillos. El aire traía las notas de un aire ruso.

Marion Davies, conocedora de a quien iba a recibir, lo había preparado todo regiamente, como es fama que la artista prócer sabe hacerlo.

Se abrieron las puertas de la verja y entró el coche.

XXI

De vuelta a su departamento, y apenas en él acomodadas, las dos gentiles viajeras del expreso Nueva York-Hollywood, recibieron la visita de un desconocido.

Era éste un hombre de mediana edad, pelo gris, alto, fuerte, con el rostro cuidadosamente rasurado. Sobrio de gestos y de palabras, ni siquiera se disculpó por haber penetrado en un departamento que no era el suyo. Sin dar tiempo a que Olga o Fresia le pidieran la explicación de su conducta, les dijo:

—Las he visto a ustedes en el coche restaurant, y vengo a proponerles un contrato.

Olga, casi sin mirarlo, fríamente, inquirió:

—Un contrato... ¿para qué?

—Para trabajar en un estudio cinematográfico—repuso el visitante.

—¿En qué condiciones?—preguntó la Venus Roja.

—¿Tú tan perspicaz, Fresia, no has comprendido que si ese individuo ha dado este paso es porque sabe muy bien quiénes somos. ¿Crees que a unas mujeres cualesquiera, por guapas y atrayentes que sean, se les ofrece

—Si saben quien eres, accederán a lo que tú desees; pero si ignoran tu verdadera personalidad...

—¿Qué te parece lo demás? —No se atreverían—afirmó Olga—. Luego inquirió: —¿Y si te asignaran una cantidad mezcquina? —En absoluto.

—No te interesa?—preguntó la inglesa asombrada. —He dejado a propósito ese espacio en blanco; no me interesa.

—Te has olvidado poner el sueldo que quieres ganar. Fresia habló primero:

—Inadmisibles en cualquier clase de contrato. —Allá ese caballero. Yo no cedo a nadie mi libertad de acción. Si mediado un film me fastidia seguir, queda anulada por tanto tiempo y obligada a tal o cual cosa», no lo aceptaré ya nunca.

—¿Qué te parece lo demás? —No se atreverían—afirmó Olga—. Luego inquirió: —¿Y si te asignaran una cantidad mezcquina? —En absoluto.

—No te interesa?—preguntó la inglesa asombrada. —He dejado a propósito ese espacio en blanco; no me interesa.

L A V E N U S R O J A

J U A N D E E S P A Ñ A

—En las que ustedes quieran. Yo les dejo aquí unas hojas que pueden llenar a su antojo. Volveré dentro de una hora y estamparé en ellas mi firma.

El desconocido sacó de una cartera que llevaba bajo el brazo unas grandes hojas de papel amarillo, impresas en parte, y luego de dejarlas sobre uno de los asientos del coche, hizo una leve inclinación de cabeza y salió.

Las dos amigas se miraron.

Fresia, más ansiosa, tomó una de las hojas, leyendo en su membrete: «Metro-Goldwyn-Mayer Studios. Culver City, California.»

Se lo alargó a Olga, diciendo:

—El cine nos sale al paso, en plena marcha, y a mitad del camino.

Olga preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Recibirlo con alegría.

—Bien. Llena tú esa hoja, mientras yo redacto en la otra las condiciones que exijo y que supongo no serán aceptadas.

—¿Pero es que no te interesa ya asomarte a la pantalla, Olga?

—Sí, ya te dije que el cinema me atrae, Fresia.

—Entonces...

—Escribe, escribe, amiga mía, ya veremos...—con-

XXII

Al llegar el tren a Los Angeles, había en la estación un centenar de periodistas y fotógrafos que esperaban la llegada de la Venus Roja y de Fresia White.

El agente que las contrató durante el viaje, había telegrafiado a la oficina de publicidad de la Metro-Goldwyn-Mayer, y ésta lo comunicó a la alta dirección del estudio y a todas las redacciones de periódicos de California.

Los voceadores de prensa gritaban en el andén:

—¡La Venus Roja en Hollywood!

La Radio retransmitió la noticia a sus abonados.

Entonces comprendió Olga que era ella la actualidad más sensacional del día, por lo menos en aquel ambiente cinematográfico.

Antes de descender del tren estaban rodeadas de reporteros que las acuciaban a preguntas. Las dos jóvenes contestaban a todos con el mayor laconismo posi-

¿Es usted un verdadero aficionado al cine?

¿Le interesa conocer detalladamente la vida y aventura de las "estrellas" y galanes más famosos del cinema?

¿Tiene usted gusto artístico y aprecia la limpidez fotográfica y la pulcritud tipográfica de una revista?

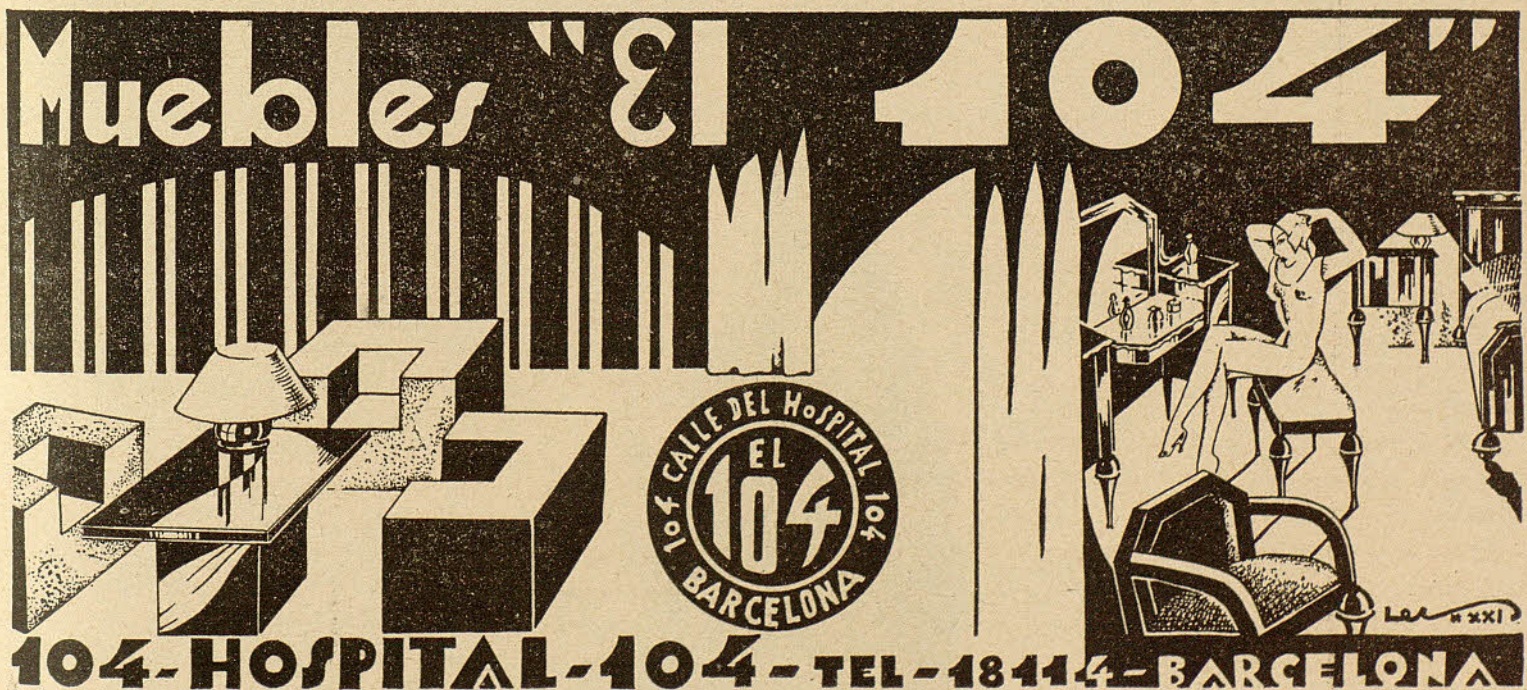
Si es así, forzoso es que lea usted todas las semanas

POPULAR FILM

La única revista española que le ofrece todo esto.

Prepare su agua de mesa con
Sales LITÍNICAS DALMAU

Muebles "EL 104"



104 - HOSPITAL - 104 - TEL - 18414 - BARCELONA

